

EL COJO ILUSTRADO

AÑO X

15 DE JUNIO DE 1901

Nº 228

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Edite 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



VICTORIANO SARDOU

DE «EL TRIUNFO DEL IDEAL»

—
POR PEDRO CÉSAR DOMINICI—
VI

Y, sin embargo, ¿cómo hacer comprender á la joven diosa el sitio principal que le estaba reservado en sus proyectos? La Musa immaculada, el fetiche viviente. ¿Cómo conquistarla para la gran obra? Tal vez su alma no era de igual alcurnia que su cuerpo, y la jerarquía de las líneas, la nobleza hierática del gesto y de las formas eran tan sólo externas. Tal vez adentro dormirían pensamientos guiados por el instinto, ideales sin alas, flaquezas de la sangre. Y no que rechazase la ley del instinto, por el contrario, ésa era para él la ley suprema, la verdadera ley del arte, la que condujo al pueblo griego á sentir la vida y la belleza; pero el instinto del hombre moderno es una tendencia casi animal, sin distinción y sin nobleza, ley brutal que vence y domina la voluntad creadora, ley de mengua.

Y por eso, en una semana, apenas había hablado con María, temeroso de la realidad huyendo del desengaño, yerba que crece traidoramente sobre las más altas cumbres, por encima de los más nobles deseos. La esperanza llenaba su alma, y temía que el acaso cubriese su cielo con una densa nube de ceniza ocultándole el paisaje luminoso de sus sueños, obligándole á tomar una senda extraviada, oscura, asfixiante y llena de peligros. Presentía que un nuevo ciclo de su vida comenzaba. Y su espíritu luchaba con una extraña exaltación.

Por las mañanas claras y perfumadas, el conde descendía hasta el jardín, y furtivamente, oculto tras los árboles vestidos con nuevas hojas de verde muy suave, bajo el cortinaje de las ramas frondosas que se inclinaban voluptuosamente hacia el suelo, contemplaba á la virgen de su futura religión, pensando que ningún templo podía ser más digno de contener su belleza que aquel sitio, á tales horas, un jardín embalsamado en primavera, el mes de abril.

No comprendía por qué los hombres se encerraban para orar, ni que se necesitase la plegaria escrita en libros, recitada en alta voz para establecer una imaginaria comunión con lo Infinito. Ni hay palabras capaces de expresar la sensación de un creyente sincero en su recogimiento. Era necesario volver al tiempo de los Bosques sagrados, de las capillas al aire libre, en medio del campo, y ver ascender lentamente los pensamientos y los deseos hacia el espacio azul, mientras las sacerdotisas bailan danzas silenciosas al ritmo de la música, vestidas con blancas túnicas, envueltas en albos velos, coronadas de rosas, en torno de una vieja encina secular.

En esas salidas clandestinas, había observado el conde que María ocupaba de ordinario un banco que daba frente á sus habitaciones, bajo un laurel, á la orilla pantanosa del lago en donde flotaban anchos nenúfares de largas hojas lustrosas; y también observó que la joven miraba con marcada insistencia hacia el balcón en donde él solía asomarse; y recordaba que en las contadas ocasiones en que le había hablado, ella enrojecía, y sus mejillas blancas y tersas se teñían de púrpura como si reflejasen un ígneo rayo de sol en un estío sofocante. ¿Sería acaso el

Amor, el caprichoso hijo de Venus quien le entregaría el idolo regenerador, atadas las manos, sin voluntad y sin deseos?

El medio era el más peligroso, sobre todo si ella llegaba á amarle con verdadera pasión, como aman las mujeres en Italia, con los labios y los ojos, deseando mezclar la alegría y el dolor, ansiosas de besos, de caricias y de lágrimas. ¡Ah!... Cómo hubiera deseado que el alma de aquella mujer fuese insensible, fría como el alma de una estatua, alma aparente, imaginaria, reflejo del alma que la contempla, adorable, infinita, misteriosa para el artista, invisible, oculta para el alma del vulgo. Cómo hubiera deseado que aquella mujer no tuviese ni sangre, ni nervios, ni venas, que fuese toda externa como su belleza, toda noble y severa como las cosas; y ahora estaba obligado á entrar en contacto con una alma, que sería como las otras, tristemente sometida al poder del instinto, esclava humilde de los sentidos.

A veces pensaba en huir de su palacio como había huido de las ciudades al sentirse asfixiado por la ausencia de ideales en que vivían los hombres, por las pasiones ruines y pequeñas, la enfatuación que anidaba en las almas que él había creído superiores; y parecíale que un gran peligro amenazaba el ideal que había escogido como objeto de su vida; pero, después, meditaba en lo grande de su intento, y convenía que era preciso luchar sin impaciencias, sin debilidades. Es verdad que no podría hacer del alma de María un reflejo de la suya como en el alma de una estatua, pero, ¿acaso sus ideas confusas en un principio no se habían iluminado de repente ante la incomparable belleza de la joven? Su Quimera permaneció en la noche muchos años, y ahora la indecisa claridad de un crepúsculo matutino la iluminaba con sus rayos de plata.

El conde de Cipria había logrado desarrollar conscientemente su visión *apolínea*. Su imaginación era como un laboratorio de donde salían las imágenes del mundo externo aumentadas y desconocidas, y ese engaño voluntario constituía la parte más noble y sana de su sér. Era el Poeta, el buscador de ideales, el altruista que anhelaba mejor suerte para los hombres. Qué le importaba el engaño, la mentira de la ilusión, si esa ilusión y ese engaño podían hacer más feliz y más alegre la humanidad. Su ideal era como un mágico talismán, como un extraño licor color de ajeno que embriaga y regenera las almas. «Los hombres están tristes, pensaba, el dolor es rey y dueño del mundo, todo gime y se queja y vivimos torturados por penas secretas inesplicables. Somos desgraciados porque no sabemos buscar el camino de la dicha. La vida es flor de alegría, la vida es digna de ser vivida, de ser gozada y amada.»

Pero otro sér habitaba igualmente en su cuerpo, y era ése el peligroso, el enemigo, el *Dionisiaco*. Cuando despertaba, el alma del conde se agitaba extrañamente, su organismo se identificaba con todo lo que vive y sufre en el universo, y era como un átomo viviente de la naturaleza. Algo crecía entonces en su interior, y su sangre se hacía más sensible á la esclavitud del instinto.

María también luchaba con la flor del deseo, y sus labios ansiaban el contacto de una boca adorada, manantial inextinguible de besos y desmayos imprevistos.

Había entrado en la pubertad, y bajo su belleza impecable de estatua griega despertaba, como en el casto cuerpo de Psiquis, la estación del himeneo. Días de profunda congoja la mecieron en la pasada primavera, y pálidas se tornaron entonces sus mejillas, y húmedos estuvieron sus ojos. Ella también sufría cuando llegaba la gran fiesta del año y sobre las ramas de los árboles rimaban los pájaros halagüeños epitalamios para las niñas de cuerpos núbiles y de almas impacientes. Ella también padecía al encontrarse abandonada en medio de aquel poderoso aliento de alegría, de juventud y de fuerza que exhalaba el campo florecido, sonriente de verdura, ebrio de aromas. Y escuchaba entonces el salmo augusto de la vida victoriosa. Y el amor se filtraba suavemente hasta su corazón y sus sentidos.

Era en Carlos en quien pensaba durante esos éxtasis voluptuosos. La figura del Amor, del Amor hecho hombre se le había siempre aparecido bajo las formas aristocráticas del joven conde, con su barba oscura y su rostro delgado y noble de poeta idealista. Cuántas veces había soñado con él en sus noches agitadas, y había creído sentir su sombra que se inclinaba muy despacio, sin hacer ruido, y la besaba muchas veces amorosa y tiernamente sobre sus ojos dormidos, sobre sus labios entreabiertos, con cuidado, sin mover las almohadas, para no despertarla, como besa un marido enamorado su linda esposa en una cálida luna de miel.

Y recordaba cuando jugaban juntos en el jardín, fabricando casitas de un solo piso con la arena mojada, ó iban hasta los rosales á observar la interminable procesión de hormigas cargadas de pétalos marchitos, ó venían al lago á echar barquitos de papel sobre el agua mansa y triste. Después, el viejo conde había muerto, y su compañero de holganza tornóse pensativo y estudioso. A ella la enviaron á Florencia, y venía de tiempo en tiempo á pasar unos días en el palacio al lado de su padre el viejo jardinero y de la mujer del mayordomo á quien quería como á una madre. Toda esa época parecíale muy lejana. Sin embargo, recordaba que una tarde—ella contaba apenas doce años—después de una ausencia de seis meses, encontró á Carlos que leía en el jardín, y juntos se fueron cogidos de la mano á buscar fresas y uvas, corriendo entre el espeso cortinaje de los viñedos, ó suspendiéndose sobre los cerezos cargados de rojos racimos provocantes; ella se detuvo al fin fatigada, y él la estrechó fuertemente entre sus brazos y le dió muchos besos, en las mejillas tibias del cansancio, en sus labios ardientes, en sus ojos empañados. Y desde entonces pensaba que era él el único hombre á quien le estuviese permitido estrecharla entre sus brazos y besarla en sus labios ardorosos.

Así subían hacia el cielo, á la misma hora matinal, entre perfumes de nardos y rosas, los pensamientos de estos futuros amantes, y se mezclaban como indecisas espirales de humo azul, para disolverse en el espacio infinito, al ritmo doliente de caricias sospechadas y de dudas no vividas. Y mientras el Idolo aguardaba entre las flores la hora inevitable del encuentro, el Poeta creía escuchar un ruido estridente de cascabeles y ver perderse en el aire una legión de ninfas castas y blancas, velozmente perseguidas por un lascivo coro de sátiros.

¡DEMASIADO TARDE!.....

Para Luis Berisso, distinguido literato argentino.

No sé si en La Bruyere, en Chamfort, en Vauvenargues, ó en cuál de los moralistas franceses, he leído la anécdota que acaba de venir á mi memoria; pero sí sé que, aunque está contenida en una docena de líneas, cuando más, su sólo recuerdo hace que surjan en mi imaginación un cuadro y una escena que, en forma de cuento, voy á trasladar á estas cuartillas.

Hacía más de veinte años que, retirado de la corte y de sus placeres, en medio de los cuales había, por derecho de abo-lengo y de fortuna, pasado su juventud y su edad madura, vivía retirado en el castillo de sus abuelos el conde de Goulevet, posesor de uno de los más limpios títulos de la nobleza normanda.

En la corte de Luis XV, el conde había sido todo lo que era necesario para ser estimado ó envidiado de los hombres y deseado ó amado de las mujeres: soldado en tiempos de guerra, poeta en tiempos de paz y en todo tiempo hombre de mundo, galanteador y discreto y solo cuando su faz se cubrió de arrugas—ya que ni las primeras canas le habían hecho perder sus atractivos, de lo cual tuvo pruebas hechas después de los cuarenta y cinco—comprendió que era preciso retirarse á sus cuarteles de invierno, y así lo hizo encerrándose en su castillo con sus recuerdos y entregándose allí á su gusto por la lectura y por la caza, trasuntos, aunque pálidos, de la galantería y de la guerra. Por eso renovó con nuevas preciosidades su biblioteca y su sala de armas, y, enamorado aún de la última querida de los señadores de buena cepa: la poesía, se entregó también al cultivo de los más raras y hermosas flores. Y sucedió que una tarde, después de haber he-

cho un ingerto por acodo en un magnífico rosal de las Indias el conde hacía su toilette para sentarse á la mesa, cuando un lacayo le anunció que la condesa de San Gualberto, cuyo carruaje se acababa de romper á poca distancia del castillo, le pedía hospitalidad por el tiempo necesario para

bella si se quiere pero con ese fantasma más ó menos gustoso y arrugado de la belleza que pueden tener las mujeres de esa edad, cuando no se llaman Ninón de Lenclos. Pero el sello de la distinción y de la elegancia no habían desaparecido ni de sus facciones, ni de sus movimientos, ni de su traje.

Saludáronse afectuosamente como dos viejos amigos, los ancianos, y él, después de haberle dado la bienvenida y de ofrecerle su persona y su casa, le suplicó pasara á un pequeño salón á esperar á que estuviera puesta la mesa, á la cual se sentaron pocos momentos después que ella hubo narrado y él escuchado las peripecias del incidente que de manera tan inopinada los reunía.

Durante la comida opípara por cierto—puesto que como decía el conde de Goulevet no se sentaba á su mesa el literato ni el poeta, sino el soldado y el floricultor—la conversación languideció un poco porque aquellos cortesanos que veinte y cinco años antes tenían mil historias escandalosas que contar-se, no estaban al tanto de las meras anécdotas galantes; pero la exquisitez de los manjares y, sobre todo, los vapores de cierto vino de Tours, de edad más que provechosa, que el copero escanciaba con relativa frecuencia, acabaron por hacer que los comensales se olvidaran del tiempo transcurrido y hablaran de las cosas del pasa-



VEINTICINCO AÑOS ANTES

que se reparara la avería, lo que, sin duda no se lograría hasta el día siguiente.

Al oír el conde el nombre que pronun-ciaba el lacayo hizo involuntariamente un movimiento de sorpresa, plegó sus labios una imperceptible sonrisa y, después de dar la última mano á su peinado y de ordenar que se pusiera sobre la mesa una canastilla de las más delicadas flores salió diligente á recibir á la huésped.

La marquesa, antigua amiga del conde, era á la sazón una mujer de sesenta años,

do como si fueran presentes.

No pudo, sin embargo, aquel estado de ánimo; aquel salto hacia atrás ser duradero. Al hablar de los amores de una duquesa con cierto capitán de mosqueteros, hubieron de recordar que el duque que había dado muerte á su mujer por haberla sorprendido infraganti, había tenido años más tarde que hacerse amigo del capitán que le había salvado la vida en la batalla de Fontenoy. De esa manera contando los años desde entonces transcurridos aque-



UNA VISITA AL NENE. — Cuadro de B. Fernández

llos antiguos cortesanos tuvieron que darse cuenta de su vejez por un momento olvidada.

—Parece imposible, dijo ella que seais vos aquel apuesto caballero tan diestro en las pistas como insinuante en los salones, encanto de las damas y terror de los maridos.

El conde por galantería no hizo una observación análoga acerca de su huésped y ella continuó:

—Porque tenéis que confesar que fuisteis en amores muy afortunado. Podría citaros una media docena de vuestras víctimas, quizás causándoos alguna sorpresa pues teníais fama de discreto y debéis creer aún que todas ó la mayor parte de vuestras conquistas quedaron ignoradas.

Y la marquesa citó en efecto, seis damas de la corte de cuyos favores había el conde gozado.

El conde dijo sonriendo:

—Como yo sería la discreción contemporánea, y sobre todo no creo que atribuyáis á fatuidad mi confesión, reconozco que amé á esas personas de quien habláis y que fui amado por ellas.

—¿Las amasteis? ¿fuiesteis amado por ellas? ¡Cuidado conde! Al decir lo primero quizás sois embustero y al decir lo segundo sois ciertamente presuntuoso. Sed franco. A nuestra edad, podemos confesarnos mutuamente sin peligro.

—Pues tenéis razón, no las amé ni me amaron. Pero nos lo dijimos y nos dimos de ello pruebas suficientes.

—¿No amasteis á ninguna de las mujeres que os he citado? ¿A ninguna? Exageráis por el prurito de haceros pasar por un hombre sin corazón.

—No exagero; no amé á ninguna de esas, ni á las diez otras que poseí también sin que lo supierais.

—Entonces, ¿no habíais amado nunca?

—Oh! sí.

—¿Pero no en aquella época en que nos conocimos y tratamos, en aquella época que era para vos de triunfos y placeres?

—Sí, en esa época.

—¿A quién? Siento curiosidad de saberlo. Contádmelo.

El conde dió un pequeño sorbo á su copa de Champagne y fijando sus ojos en la marquesa, dijo:

—A vos.

La marquesa soltó una carcajada.

—Os chancedís, amigo mío, ó el vino os ha perturbado el seso!

—Ni me chancoo ni estoy borracho. Os he dicho que fuisteis vos la única mujer á quien he amado, porque vos me habíais dicho antes y con razón que podemos confesarnos sin peligro. Mis sesenta y cinco años, bien sonados, y los sesenta que peinaís, nos hacen, en efecto, inofensivos. Y la verdad es que os amé con toda mi alma. ¿No lo llegasteis á adivinar?

—No, por cierto: érais conmigo galante, pero como lo érais con todas. No daba yo importancia á vuestros galanteos. Además como nada me decíais y yo sabía que no era la timidez lo que os caracterizaba, no podía haber creído que os hubiera inspirado no digo ya un amor como el que me pintáis que ni siquiera un deseo vehementemente.

—Y sin embargo, repito, os adoraba. Si no lo dije no fue por timidez sino por prudencia, por temor de cometer una toutería. No me hubiera importado que hubiérais rechazado mi amor. Arrostrando ese peligro os lo hubiera declarado. Pero no quería exponerme á vuestra risa.

Teníais fama de ser una virtud inexpugnable y se contaba que habíais desdeñado á cuatro ó cinco adoradores burlándoos de

ellos. Vuestro marido era el primero que refería esas cosas con un buen humor que justificaba su tranquilidad.

La marquesa apoyando la cabeza en el respaldo del sillón, se quedó pensativa, mirando una bandada de cupidos que Boucher había pintado en el plafond. Después ya seriamente con voz velada por una tristeza indefinible, dijo:

—¿Qué extraño es todo lo que me habéis dicho y qué necios sois los hombres aun los que como vos os preciáis de perspicaces y astutos! Yo no diré que os amaba pero sí que sentía por vos una simpatía profunda, y si hubiérais hablado..... me habríais poseído..... como otros. No digo cuántos para castigaros de la miopía que os hizo creerme incapaz de tener un amante.

El conde al oír esto, después de un movimiento de sorpresa, se quedó á su vez pensativo. El fantasma de la dicha para él más deseada y perdida por su ceguedad y de una manera irreparable surgió en su mente ensombrecida por la edad. Volvió los ojos hacia el espejo que ornaba el comedor y, al ver en él reflejada la cara arrugada de la marquesa junto á su arrugada faz, comprendió mejor lo tardío de las confidencias que ambos acababan de hacerse.

Un gran silencio se hizo, silencio en que como en una agua estancada duerme el loto marchito, dormía la más dolorosa de las afioranzas.

Y, como el buen humor había huido y como aquella historia de amor no podía tener su natural epílogo, el conde condujo á la marquesa al departamento que se la había destinado, la hizo una profunda reverencia y se retiró al suyo.

MANUEL PUGA Y ACAL

México, 1901.



HIPNOTIZADA. — Por B. Falkenberg

CESAR ZUMETA

Por "Escrituras y Lecturas."

El culto extremo de la forma, si alcanza al sacrificio de la idea en sus altares, es culto absurdo que condena las obras inspiradas en él á existencia frívola y á vida corta, por cuanto toma de lo bello lo que es más instable y lo que es menos capaz de eternidad.

Por virtud de contraste, la abominación de la forma, el culto extremo de la idea, hace de la obra de letras uno como paisaje árido de cielo duro y terreno estéril, donde se echa menos aquel suave encanto que en la obra maestra seduce y tiraniza, y para el artista es prenda de nombre secular y gloria siempre viva.

Unos olvidan que la línea, el relieve y el color son accidentes separables de lo corpóreo sólo en abstracciones metafísicas y que el mármol afortunado que Fídias hizo inmortal con la vida del arte, no es menos un simple calcáreo de origen humilísimo; los otros, que Renán triun-

fa de Strauss por el encanto insuperable del estilo y que según la frase de González Prada «sólo por la forma se llama el carbono unas veces carbón y otras diamante».

Pero entre los escritores eminentes los hay, geniales ó nó, que comparten ambos cultos, no por espíritu consciente de transacción, sino por instintiva expansión de su propio talento, combinan á su guisa ambas excelencias y triunfan y perduran por la una y por la otra.

A esta familia de talentos pertenece el artista pensador de los «Claros de Luna» y «El Continente Enfermo».

De cuantos prosadores forman hoy la primera línea de nuestros talentos nacionales, César Zumeta considerado como estilista es el primero.

Gil Fortoul ha aplicado su talento de investigador á asuntos de arte pero prefiere el estudio de los problemas sociales y hace de la belleza de su estilo un vehículo de propaganda filosófica. Díaz Rodríguez ama la verdad y la belleza, más á ésta que á aquella, y en toda su obra se denuncia el esfuerzo por sugerir una impresión estética intensa, si galardonado

por el éxito no por ello menos visible.

Unos, como Pedro Emilio Coll, son más que estetas, moralistas y sociólogos; otros, como Blanco Fombona y Fernández García, son ante todo artistas.

Mas, ¿qué decir de Zumeta? El amor de lo verdadero, el amor de lo bello y el amor de lo bueno se mezclan en su obra íntimamente. Desesperación de analistas fuera pretender fijar en ella la línea divisoria de convicciones é impresiones. El equilibrio de tendencias tan diversas es perfecta. Su criterio científico y su temperamento de esteta concurren por igual á la gestación de sus obras, como á su fin común, los vidrios de una lente acronática perfecta. Y he ahí el secreto de la magia de ese estilo que se adhiere al asunto con la adherencia íntima é irrompible de la forma al cuerpo.

Diversidad de asuntos reclama adaptación de estilo. Determinado ritmo no es vehículo tan propicio al análisis como á la síntesis. Ni se apostrofa como se suplica. Hay asuntos vedados para ciertos estilos muy caracterizados, como para ciertos caracteres, determinados sentimientos. La adaptación al asunto, como todas las adap-



LA FUENTE DE VESTA. — Por E. Forti

taciones, no se logra sino á costa de ciertos rasgos esenciales. Maestros de la *crónica*, gimnastas del esprit, hacen obra sosa é insufrible en el capítulo de análisis, é ingenio hay que despliega á todo viento sus alas en el universo microscópico del cuento y se fatiga y se asfixia en la novela.

Maravilla ver cómo estilo tan personal, tan caracterizado como el de Zumeta, de los que «se denuncian en una línea», se adhiere sin deformarse á los asuntos más vários y á los más peregrinos casos. Zumeta, deponiendo severidades de crítico, ante una página maestra, ó vengador inexorable, justificando agravios de arte con la disección de cualquiera Vásquez Guarda; soñador en «*Alas de Quimera*», pálido evocador de melancolías en «*Claros de Luna*» ó fijador de perfiles monstruosos ó geniales en «*Negativos*», es siempre Zumeta hecho idea firme, pensamiento robusto, dicción clara y frase bella.

Su prosa lapidaria, á menudo surcada de elipsis y síntesis de cortante relieve, es siempre robusta, siempre noble. Da la visión justa, y pudiera decirse, estereoscópica, de las cosas y de las ideas, por la precisión del concepto y por la sobriedad sintética del calificativo, casi nunca reemplazable. Ama la olímpica serenidad, y cuando

el alma que tras ella vive se siente poseída de la pasión turbadora, las líneas de piedra se animan, es cierto, pero no con estremecimientos de carne, sino como lo haría un mármol que se transformara en otro mármol. Simula el hinchamiento del músculo, nunca la crispatura del nervio.

La clave de este temperamento se encierra en una palabra: armonía.

Zumeta es un pagano, pero no un pagano del Renacimiento. Su genealogía de esteta arranca de más alto, y es más pura. Viene de la fuente misma que en rincón luminoso de Europa, infundió vida á los mármoles castos que son símbolo y encarnación de la belleza inmaculada.

Es un enamorado de lo blanco. Sugiere la forma, la línea, el relieve, la luz, la sombra, la penumbra, pero nunca, ó casi nunca, el color. En lo mecánico mismo de su prosa, entre los vocablos que emplea, los que distinguen los colores difícilmente se descubren, como si el espíritu de escultor que en él vive los expulsara adrede, temeroso de que perturben la visión de la forma, única que parecen percibir sus pupilas.

Si os describe una cabeza de mujer, no sabrá deciros del tinte rosa de sus mejillas, pero os dará la impresión justa de su perfil y del fulgu-

rar de su mirada. Del paisaje no ve sino la luz blanca ó gris que lo baña ó las crestas resaltantes que lo recortan. Y del grano de melancolía que se quema en su obra se esparce un aroma vago que flota sobre un paisaje desolado del polo ó en alguno trágico entrevisto en un claro de luna. Policromías y japonerías no entran en su reino. Bástale el blanco. ¿Acaso no es éste la síntesis de todos los colores?

Su paganismo auténtico y nativo, no hechizo, del cual su prosa es sólo una expresión armónica, palpita en el estoicismo con que sabe de las miserias de la vida, estoicismo hijo de sentimiento y de aquella convicción serenísima que ciencia y verdad ponen en las almas enseñándolas á acatar á Natura todopodorosa é impasible, y á amarla como á madre.

Tan feliz armonía entre lo que es en él exhalación de temperamento y lo que en su cerebro grabaron y acumularon dolores de la vida, sensaciones de viajero y erudición copiosa bebida en fuentes puras; tan feliz armonía, informa todo su criterio.

Se la ve claramente en su juicio de Leopardi, cuyo pesimismo condenan heterodoxo y poeta. Se la ve menos claramente, acaso porque se manifiesta más íntima, en su concepto de la obra



LA FUENTE. — Por Kurt von Rozinsky



MUERTE DEL GENERAL MOULIN. — Cuadro de Jules Benoit Lévy

goncouriana, en la que halla él la materia rica y bruñida pero no la luz reveladora; la huella del virtuoso pero no la estela del artista.

Zumeta reivindica la excelsitud de la creación propiamente dicha, la creación instintiva para la cual ha de ser el artista uno como sonámbulo que va á su objeto con visión inconsciente pero certera en grado sumo.

Unidad de criterio sencillamente latino con el que puede concebirse el alma de latino, de bohemio y de poeta que es Cyrano, y, contra el prejuicio burgués y vulgar, la misión que realizaron el macedonio, el romano y el corso con la espada que el genio de la raza nuestra puso en sus manos para triunfo del ideal y equilibrio del mundo.

Pero donde culmina aquella cualidad sobresaliente de Zumeta es en su concepción del amor. Ni la sensual, aun artística, de los paganos de la decadencia. Ni la mezquina que el cristianismo difundió con su triunfo. Su concepción es la misma á que el sabio llega hoy por obra de lentas investigaciones y á que ascendió el primitivo heleno naturalmente, sin esfuerzo, por obra de su espíritu sencillo, instintivo y dócil á la voz de la vida.

Fecundo y esencialmente humano; poderoso, púdico, ingenuo, así lo quiere. Con algo de religioso respeto se acerca á la Eterna Belleza, bajo cuyas formas—las de la Victrix—mora un alma virgínea y la Vida invita á la «prolongación de los seres en el tiempo».

Por esta concepción se pasa del templo de Diana al de Ofelia; al de Julieta; se es algo Romeo; se juzga mal de la inspiración que presidió en el alma de Louys la evocación magistral de Afrodita, y se anda cerca de ganarse el epíteto desdeñoso que como *summum* de reproches ó invectiva suprema, lanza la hipocresía de los *prácticos* á los que saben amar con Musset y con Hugo sueñan gloriosas rendiciones. ¡*Ecce poeta!* Pero el poeta sabe requerir el arco y como el sagitario olímpico traspasar al irreverente con dardos sutilísimos en cuyo aguijón acerado va la sátira que emponzoña y el ridículo que mata.

La aptitud para determinadas nobles funciones crea el deber social de ejercerla. No ya sólo por culto del propio nombre debe quien alcanza á abrigar los tres heroísmos que dijo el poeta, emprender obra definitiva, capaz de resumir en un solo grande esfuerzo, su

poder creador. Y cuando el grupo de los que son dignos de ser oídos es, como entre nosotros pasa, pequeño hasta ser mezquino, el deber es ineludible.

Cuando se escribe como Zumeta escribe, se ha surgido yá de la nébula vagamente luminosa, se brilla con fulgor preciso y se es estrella sobre el fondo pálido ó sombrío. Quien nos dijo en prosa nobilísima la enfermedad del Continente, no puede confundirse en Europa misma con la cáfila; y en Venezuela, en América toda, es positivamente un electo.

Si su aptitud demostrada, aunque estimada en mucho, no lo es en tanto como debiera, es porque la obra realizada, valiosa pero fragmentaria, está esperando que á la indolencia desdeñosa con que le plugo crearla le plazca aquilatarla en la obra de conjunto que resuma tantas energías dispersas. Se conoce al arquitecto y se espera la obra.

¡La mano que sabe arrancar del bloque la columna, esculpir el capitel, cincelar la cariátide, burilar el friso, ha de alzar el templo donde Verdad y Belleza reciban el eterno culto y grabar en el frontis, en letras áureas, el nombre afortunado!

JOSÉ MONTENEGRO.



LOS ULTIMOS MOMENTOS DE MOZART (Su Requiem) — For Henry O'Neill

PAGINAS OLVIDADAS

EL MURCIELAGO ALEVOSO

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento
Con gracioso talento
Una tierna canción, y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresión le encarecía
El fuego que en su casto pecho ardía.

Y estando divertida,
Un murciélago fiero, ¡ suerte insana !
Entró por la ventana :
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente ;
Y al querer diligente
Ocultar la canción, los versos bellos
De borrones llenó, por recojellos.

Y Delio noticioso
Del caso, que en su daño había pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que había la canción interrumpido,
Y á su Mirta aflijido,
En cólera y furor se consumía
Y así al ave funesta maldecía :

¡ Oh ! monstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Visión nocturna, grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fría,
¿ Qué tienes tú que hacer donde está el día ?

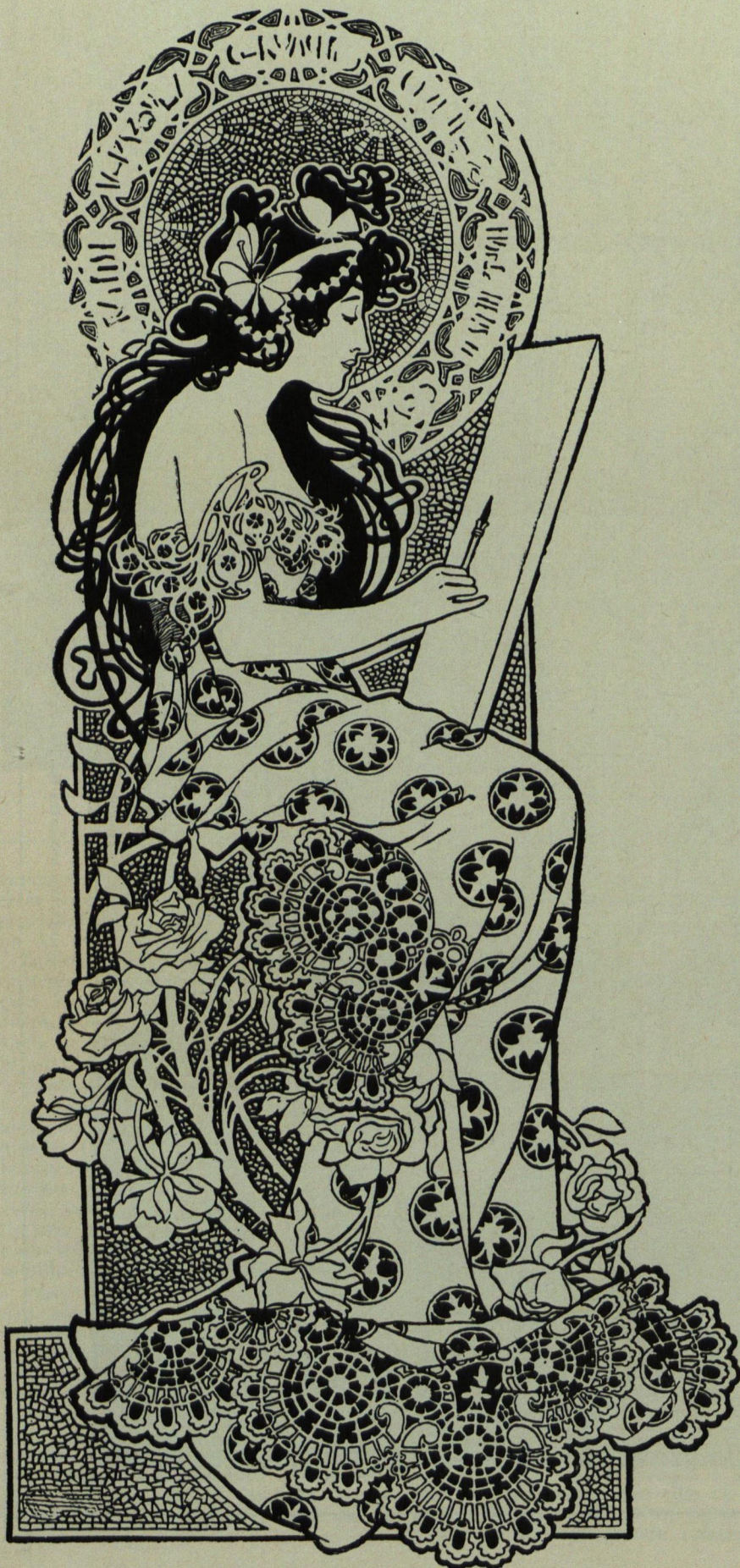
Tus obras y figura
Maldigan de común las otras aves
Que cánticos suaves
Tributan cada día al alba pura,
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor aflijiste,
Todo el mal y desastre te suceda,
Que á un murciélago vil suceder pueda.

La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan solo reservada
A las noches, se oponga á tu salida ;
O el relámpago pronto, reluciente,
Te ciegue y amedrente ;
O soplando del Norte récio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.

La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue inadvertida
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe ;
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.

Y luego sobrevenga
El juguetón gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte se retire, y se contenga,
Y bufé, y se espeluce horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los piés apenas toque el suelo.

Mas luégo recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento ;



Y cada movimiento,
Que en tí llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto, y le dé audacia.

En fin, sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga ;
Y por caso las uñas afiladas

En tus alas clavadas,
Por echarte de sí, con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.

Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos :
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad, ó la cultura
Nos dan humanidad y más cordura.

Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara ;
Y al oírte chillar alcen el grito,
Y te llamen maldito !
Y creyéndote al fin del diablo imagen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.

Luégo por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas,
Y se ríen con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas.

Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de aguijones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados,
(De diversión y fiesta ya rendidos)
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.

Te puncean y te sajen,
Te hundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmembran, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.

Y las superticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedescan algodones
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.

Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori-gori cantando,
Y en dos filas delante se compongan ;
Y otros fingiendo voces lastimeras
Sigán de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso,
Al muladar más sucio y asqueroso.

Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura :
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia,
Pongan en una loza duradera
Cuya letra dirá de esta manera :

EPITAFIO

Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó, y ahuyentó el día,

De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante, presuroso,
Hasta decir en esta losa fría :
«Acontesca tal fin y tal estrella
«A aquel que mal hiciese á Mirta bella».

FR. DIEGO GONZALEZ

CREPUSCULOS

Languidece la lumbre vespertina :
Ya en el confin lejano
Extiende sus cendales la neblina
Cual leves y plomizos cortinajes ;
En el cerúleo velo
Apágase el carmín de los celajes ;
La parda golondrina
Al nido torna con amante anhelo ;
Sobre el cristal de la dormida fuente
Entréabre el nenúfar su corola
Do se besan el oro y el armiño ;
Se oye la voz del *Angelus*, doliente ;
Y batalla en mi alma entristecida
La clara fe de niño
Con la tétrica duda del presente.

JUAN E. ARCIA.

EL ODO

Busca placer en la desgracia ajena
Y, alentándola, crece su perfidia :
Es su existencia desastrosa lidia
Contra el bien de los otros, que le apena.

Allana el templo en que la paz serena
Del amor santifica á la familia
Y tiende allí su red : mónstruo de envidia
Cuyo contacto mancha y envenena.

Es temible el chacal de la montaña,
Inspira horror la víbora traidora,
Y es la hiena carnívora alimaña.

Mas no temáis su furia aterradora :
¡Es más feroz el odio, que con saña
Al mismo que le nutre lo devora !

FÉLIX MATOS BERNIER.

EPIGRAMAS

I

Por más que tu enojo agraves
Autorcillo baladí,
El caso que hago de tí
Yo lo callo y tú lo sabes ;
Ya vituperes ó alabes
Cuando Baco te sublima
En ditirámica rima,
Es tanta tu suciedad
Que gozas la inmunidad
De aquello que causa grima.

II

En la inmortal Boconó,
Según refiere la fama,
Su curioso poliograma
Un italiano mostró.
Mas cuando á decir llegó :
«Veder horra il mondo tuto».
Un francés, digo, un franchuto,
Que hablar español pretende,
Le contestó : «Non se entende,
Parla clarro non siá bruto».

III

Mira bien y observarás
Que este escritor se acredita
Solamente porque quita
Su crédito á los demás.

IV

Si á mi consejo se acuerda
Vuélvase cuerda y dé el sí,
Que para sonar aquí
Se necesita ser cuerda.

V

Deja que otros aprueben
Cuanto los gobiernos hagan :
Si pagan lo que no deben,
Si deben lo que no pagan.

VI

De lo que fué ¿ qué se sabe ?
Ni ¿ quién sabe lo que es ?
Y saber lo que será
¿ Quién lo pudiera saber ?

FELIPE TEJERA.

EL OGRO



N todo el barrio del Pacifico era conocido aquel endiablado carretero, que alborotaba las calles con sus gritos y los furiosos

chasquidos de su tralla.

Los vecinos de la gran casa, en cuyo bajo vivía, habían contribuido á formar su mala reputación. ¡Hombre más atroz y mal hablado!.... ¡Y luégo dicen los periódicos que la policía detiene por blasfemos!

Pepe el carretero hacía méritos diariamente, según algunos vecinos, para que le cortaran la lengua y le llenasen la boca de plomo ardiendo, como en los mejores tiempos del Santo Oficio. Nada dejaba en paz, ni humano ni divino. Se sabía de memoria todos los nombres venerables del almanaque, únicamente por el gusto de *faltarles*, y así que se enfadaba con sus bestias y levantaba el látigo, no quedaba santo, por arrinconado que estuviese en alguna de las casillas del mes, al que no profanase con las más sucias expresiones. En fin ¡un horror!; y lo más censurable era, que al encarsarse con sus tozudos animales azuzándoles con blasfemias mejor que con latigazos, los chiquillos del barrio acudían para escucharle con perversa atención, regodeándose ante la fecundidad inagotable del maestro.

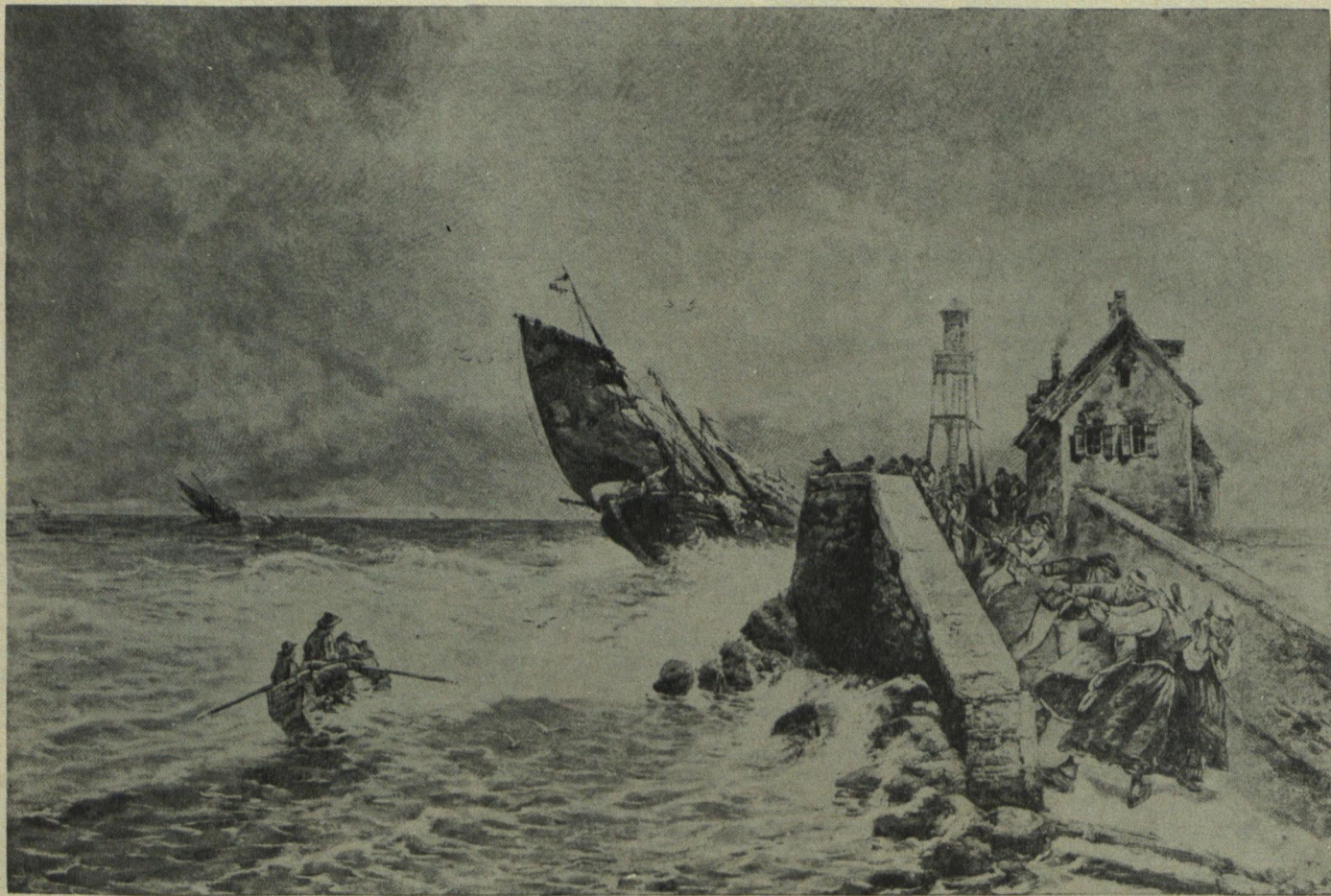
Los vecinos, molestados á todas horas por aquella interminable sarta de maldiciones, no sabían cómo librarse de ellas.

Acudían al del piso principal, un viejo avaro que había alquilado la cochera á Pepe, no encontrando mejor inquilino.

No hagan ustedes caso—contestaba.—Consideren que es un carretero y que para este oficio no se exigen exámenes de urbanidad. Tiene mala lengua, eso sí; pero es hombre muy formal y paga sin retrasarse un solo día. Un poco de caridad, señores.

A la mujer del maldito blasfemo la compadecían en toda la casa.

—No lo crean ustedes—decía riendo la pobre mujer; no sufro nada de él. ¡Criatura más buena! Tiene su geniecillo, pero ¡ay, hija! Dios nos libre del agua mansa.... Es de oro; alguna copita para tomar fuerzas, pero nada de ser como



EN LA BARRA. — Por V. Wither

otros que se pasan el día como estacas frente al mostrador de la taberna. No se queda ni un céntimo de lo que gana y eso que no tenemos familia, que es lo que más le gustaría.

Pero la pobre mujer no lograba convencer á nadie de la bondad de su Pepe. Bastaba verle. ¡Vaya una cara! En presidio las había mejores. Era nervudo, cuadrado, velloso como una fiera, la cara cobriza con rudas protuberancias y profundos surcos; los ojos sanguinolentos, y la nariz aplastada, granujienta, veteada de azul, con manojos de cerdas que asomaban como tentáculos de un erizo que dentro de su cráneo ocupase el lugar del cerebro.

A nada concedía respeto. Trataba de reverendos á los machos que le ayudaban á ganar el pan, y cuando en los ratos de descanso se sentaba á la puerta de la cochera, delectaba penosamente, con vozerón que se oía hasta en los últimos pisos, sus periódicos favoritos, los papeles más abominables que se publicaban en Madrid y que algunas señoras miraban desde arriba con el mismo terror que si fuesen máquinas explosivas.

Aquel hombre que ansiaba cataclismos y que soñaba con la gorda, pero muy gorda, vivía por ironía en el barrio del Pacífico.

La más leve cuestión de su mujer con las criadas le ponía fuera de sí, y abriendo el saco de las amenazas prometía subir para degollar á todos los vecinos y pegar fuego á la casa; cuatro gotas que

cayesen en su patio desde las galerías, bastaban para que de su bocaza infecta saliese la triste procesión de santos profanados, con acompañamiento de horripilantes profecías para el día en que las cosas fuesen rectas y los pobres subiesen encima, ocupando el lugar que les corresponde.

Pero su odio sólo se limitaba á los mayores, á los que le temían, pues si algún muchacho de la vecindad pasaba por cerca de él, acogíale con una sonrisa semejante al bostezo del ogro, y extendiendo su mano callosa pretendía acariciarlo.

Como se había propuesto no dejar en paz á nadie en la casa, hasta se metía con la pobre *Loca*, una gata vagabunda que ejercía la rapiña en todas las habitaciones, pero cuyas correrías toleraban los vecinos, porque con ella no quedaba rata viva.

Parió aquella bohemia de blanco y sedoso pelaje, y obligada á fijar domicilio para tranquilidad de su prole, escogió el patio del ogro, burlándose tal vez del terrible personaje.

Había que oír al carretero. ¡Era su patio algún corral para que viniesen á emporcarlos con sus crías los animales de la vecindad? De un momento á otro iba á enfadarse, y si él se enfadaba de veras ¡pum! de la primera patada iban la *Loca* y sus cachorros á estrellarse en la pared de enfrente.

Pero mientras el ogro tomaba fuerzas para dar su terrible patada y la anunciaba

á gritos cien veces al día, la prole felina seguía tranquilamente en un rincón, formando un revoltijo de pelos rojos y negros, en el que brillaban los ojos con livida fosforescencia, y coreando irónicamente las amenazas del carretero: ¡*Miau! ¡Miau!*

Bonito verano era aquél. Trabajo poco y un calor de infierno, que irritaba el mal humor de Pepe y hacía hervir en su interior la caldera de las maldiciones, que se escapaban á borbotones por su boca.

La gente de posibles estaba allá lejos, en sus Biarritz y San Sebastianes, remojándose los pellejos, mientras él se tostaba en su cocherón. ¡Lástima que el mar no se saliera para tragarse tanto parásito!

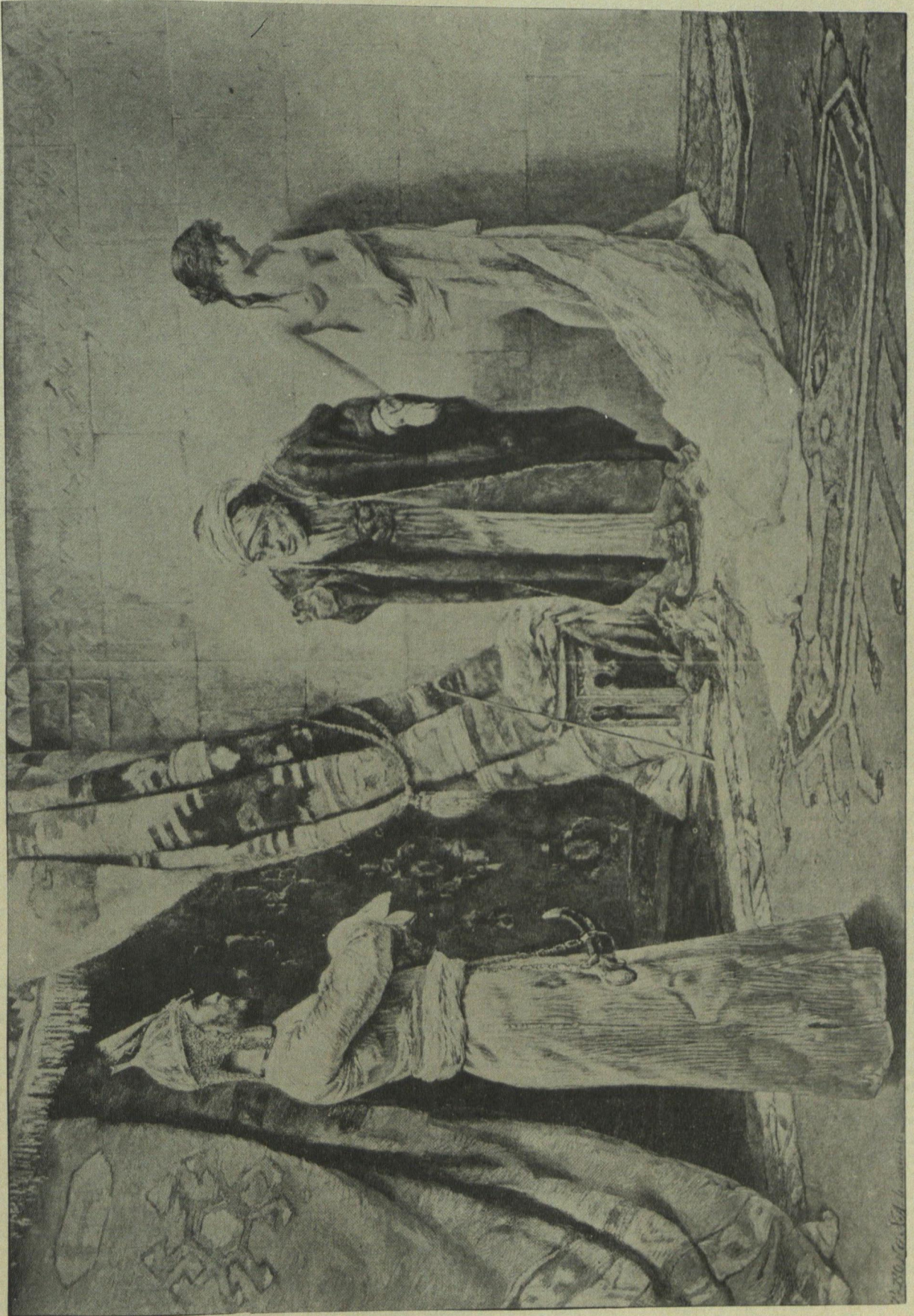
No quedaba gente en Madrid y escaseaba el trabajo. Dos días sin enganchar el carro. Si esto seguía así, tendría que comerse con patatas á sus reverendos, á no ser que echase mano á sus aves de corral, que era el nombre que daba á la *Loca* y á sus hijuelos.

Fue en Agosto cuando á las once de la mañana tuvo que bajar á la estación del Mediodía para cargar unos muebles.

¡Vaya una hora! Ni una nube en el cielo y un sol que sacaba chispas de las paredes y parecía reblandecer las losas de las aceras.

—¡Arre, valientes!... ¿Qué quieres tú *Loca*?

Y mientras arreaba sus machos alejaba con el pie á la blanca gata que maullaba dolorosamente, intentando meterse bajo las ruedas.



VENTA DE LA ESCLAVA. — Por Fred. Vezin

—¿Pero qué quieres, maldita? ¡Atrás, que te va á reventar una rueda!

Y como quien hace una obra de caridad, largó al animal tan furioso latigazo, que lo dejó arrollado en un rincón, gimiendo de dolor.

Buena hora para trabajar. No podía mirarse á parte alguna sin sentir irritación en los ojos; la tierra quemaba; el viento ardía, como si todo Madrid estuviese en llamas; el polvo parecía incendiarse; paralizábanse lengua y garganta, y las moscas, locas de calor, revoloteaban por los labios del carretero ó se pegaban al jadeante hocico de los animales en busca de frescura.

El ogro estaba cada vez más irritado conforme descendía la ardorosa cuesta, y mientras mascullaba sus palabrotas, animaba con el látigo á dos machos que caminaban desfallecidos con la cabeza baja, casi rozando el suelo.

¡Maldito sol! Era el pillo mayor de la creación. Este si que merecía le arreglasen las cuentas el día de la *gorda*, como enemigo de los pobres. En invierno mucho ocultarse, para que el jornalero tenga los miembros torpes y no sepa dónde están sus manos; para que caiga del andamio ó le pille el carro bajo las ruedas. Y ahora, en verano, ¡eche usted rumbo! Fuego y más fuego, para que los pobres que se quedan en Madrid mueran como pollos en asador. ¡Hipocritón! De seguro que no molestaba tanto á los que se divertían en las playas de moda.

Y recordando á tres segadores andaluces muertos de asfixia, según había leído en uno de sus papeles, intentaba en vano mirar de frente al sol y le amenazaba con el puño cerrado. ¡Asesinol...! ¡Reaccionario!... ¡Lástima que no estés más abajo el día de la *gorda*!

Cuando llegó al depósito de mercancías, detúvose un momento á descansar. Se quitó la gorra, enjugóse el sudor con las manos, y puesto á la sombra contempló todo el camino que acababa de atravesar. Aquello ardía. Y pensaba con terror en el regreso, cuesta arriba, jadeante, con el sol aplomo sobre la cabeza y arreando sin parar á lascaballerías, abrumadas por el calor. No era grande la distancia de allí á su casa, pero aunque le dijeran que en la cochera le esperaba el mismo Nuncio, no iba. ¡Qué había de ir!... Aun haciéndole bueno que con tal viajecito venía la *gorda*, lo pensaría antes de decidirse á subir la cuesta con aquel calor.

—¡Vaya! Menos historias y á trabajar.

Y levantó la tapa del gran capazo de esparto atado á los varales del carro, buscando su provisión de cuerdas. Pero su mano tropezó con unas cosas sedosas que se removían y sintió al mismo tiempo débiles arañazos en su callosa piel.

Los gruesos dedos hicieron presa y salió á luz, cogido del pescuezo, un cachorro blanco, con las patas extendidas, el rabo enroscado por los estremecimientos del miedo y lanzando su triste *ñau, ñau*, como quien pide misericordia.

La *Loca*, no contenta con convertir su patio en corral, se apoderaba del carro y metía la prole en el capazo para resguardarla del sol. ¿No era aquello abusar de la paciencia de un hombre?... Se acabó todo. Y abarcando en sus manazas á los cinco gatitos los arrojó en montón á sus pies. Iba á aplastarlos á patadas; lo jura-

ba ¡voto á esto y lo de más allá! Iba á hacer una tortilla de gatos.

Y mientras soltaba sus juramentos, sacábase de la faja el pañuelo de hierbas, lo extendía, colocaba sobre él aquel montón de pelos y maullidos, y atando las cuatro puntas echó á andar con el envoltorio, abandonando el carro.

Se lanzó á todo correr por aquel camino de fuego, aguantando el sol con la cabeza baja, jadeante y echándose á pechos la cuesta, que minutos antes no quería subir, aunque se lo mandase el Nuncio.

Algo terrible preparaba. La voluptuosidad del mal era sin duda lo que le daba fuerzas. Tal vez buscaba subir alto, muy alto, para desde la cresta de un desmonte aplastar su carga de gatos.

Pero se dirigió á su casa, y en la puerta le recibió la *Loca* con cabriolas de gozo, olisqueando el hinchado pañuelo, que se estremecía con palpitaciones de vida.

—Toma, perdida—dijo jadeante por el calor y el cansancio de la carrera—aquí tienes tus granujas. Por esta vez pase, te lo perdono, porque eres un animal y no sabes como las gasta Pepe el carretero. Pero otra vez... ¡hum!... á la otra...

Y no pudiendo decir más palabras sin intercalar juramentos, el ogro volvió la espalda y fue corriendo en busca de su carro; otra vez cuesta abajo, echando demonios contra aquel sol enemigo de los pobres. Pero aunque el calor aumentaba, parecíale al pobre ogro que algo le había refrescado interiormente.

V. BLASCO IBAÑEZ.

EL ORNEMANISTA P....



UANDO, en un rincón, en casa de Micheli, quizás habéis visto unas malvas entrelazadas? Eso debía ser un platón, la guirlanda debía correr alrededor; pero no existe más que un pedazo y los últimos ramilletes llaman en vano á los que deberían seguir. Un tepalcate, nada más que un tepalcate, pero las hojas incisionadas y lobuladas son de un efecto tan verdadero, corren en espirales ó se extienden tan armoniosamente, se juntan, se anudan, se ligan y se desatan por tan graciosa manera; es tan dichoso y tan espiritual esa vuelta á la flora ornamental de la edad media que las gentes del oficio os dirán: es una obra. Eso y el bastidor de un cofre, un fragmento también, que se intentó vaciar en bronce y cuya fundición no se logró, no debiendo lograr nada ni aun después de su muerte, es todo ó casi todo lo que ha dejado P....

Los pies junto al fuego, un *grog* bien caliente sobre la chimenea al alcance de la *mano*, he aquí lo que se nos ha referido.

El taller de P.... estaba en la Calle Notre-Dame-des-Champs en el piso bajo

y estaba dividido en dos compartimientos: el primero, el de la entrada, no contenía más que maquetas, taburetes, bocetos en cera, proyectos é instrumentos de trabajo; en los muros una colección de hojas moldeadas sobre el natural y ahí dentro una hermosa y neta luz del norte; lo necesario para la vida de un artista. El segundo compartimiento, separado del primero por un gran cortinaje y más pequeño, estaba todo lleno, ni un alfiler cabría, de mueblecillos y pequeños objetos. Aquello era muelle, sedoso como un plumón, un verdadero nido.... y qué tapices! Hasta en el cielo raso P.... había puesto una tapicería; uno de esos grandes bosques en donde corren cazadores de casaca Luis XV, una vieja tapicería armonizada en sus tonos verdosos y que P.... había encuadrado entre varillas doradas. Allí, en el fondo, había un lecho, un buen lecho y una mujer, su querida.

Clavo por clavo le había hecho aquel retiro. El pequeño chifonier de madera de rosa y el antiguo péndulo firmado Leroy, todo aquello había venido poco á poco, compra por compra, centavo á centavo.

Fue P.... uno de los primeros que comprendió la ornamentación moderna y lo que debe ser. Como todos los principiantes, explotado al principio por los que han tenido éxito y cuya firma es un bono al portador para el público, había en una época vendido sus modelos—obras maestras—por quince ó veinte francos. Luego, la confianza le vino y él mismo se acercó á los fabricantes. Lámparas, ahortantes, vacía-bolsas, prensa-papeles, ennoblecí por encantadoras creaciones, todas esas cosas usuales que hoy son objetos de arte, ó algo parecido entre todas las gentes, haciendo grandes imaginaciones para esas pequeñeces abandonadas y desprovistas de todo gusto y de toda gracia durante largos años y pensando siempre en los Griegos, ese pueblo bendito de las Artes que ponía hasta en las tejas de su casa todas las grecas de su fantasía.

Entre otras encantadoras creaciones florales, de dos hojas de violeta hizo una copa. Las dos hojas, simples, opuestas, hacen la concavidad y los dos estípulos cruzados uno sobre otro, forman el pie. Esta copa, creemos, fue ofrecida al señor Barón Taylor.

Luego tuvo un proyecto de vaso—un vaso épico cuya base era la creación del mundo; sobre el ovo iban las sucesiones de generaciones; la historia de la humanidad se desarrollaba de etapa en etapa y acababa con una gran figura de la civilización, de pie y coronando el vaso simbólico.

Lleno de emulación P.... soñó en hacer algo extraordinario.

Hizo un cofre en forma de gran relicario. Algunas figurillas velaban en cada ángulo. Los pies del cofre desaparecían bajo un matorral de plantas marinas, algas y hojas lanceoladas corriendo una tras de otra y donde hormigucaban escarabajos, catarinitas, salta-montes esmaltados con su propio color. Acabado el cofre, P.... fué á llevarlo á madama la Duquesa de Orleans, y la Duquesa en quien revivía la inteligente protección de las artes familiar á Fernando de Orleans, acogió al artista y á la ofrenda; es decir, que la mujer fue tan graciosa como generosa la princesa.



DEL JARDIN BOTANICO DE TRINIDAD

Vinieron los malos días, las privaciones, los apuros cotidianos y luego los caprichos de la querida trajeron la verdadera miseria, la comida incierta, la vida ganada día por día.

P.... sufría hacía tiempo. ¿De dónde? No lo sabía, pues era una organización muy débil en quien la enfermedad se había cebado. Un bello día hizo que le llevaran arcilla, una gran mesa, y se puso a modelar con asiduidad suprema, no haciendo caso de consejos ni de cansancio, un gran Cristo en cruz, de dieciocho pies de alto.

P.... no tenía ni el genio ni la costumbre de una máquina semejante. Y trabajó con furor, encarnizándose contra la rebelde arcilla, modelando, quitando, aumentando, corrigiendo, modificando y siempre haciendo obra con su estique, lleno de fiebre. El Cristo no se veía, no resultaba. Sus amigos se alzaban de hombros, sin comprender que ese Cristo era un deseo de moribundo y que los artistas se parecen á las mujeres que antes de morir comienzan siempre una tapicería de largo aliento.

P.... trabajó asiduamente una quincena, no descuidó su trabajo sino para comer, entonces comía con huevos duros.

Un domingo, el sábado, P.... había estado con varios amigos y como era en tiempo del cólera habían reído de él, porque había tenido algo como el miedo del presentimiento; P.... fue atacado por el cólera mientras su mujer estaba acostada. Como sentía la epidemia en él, arrancó de encima de la arcilla las telas mojadas, las tiró al suelo y se revolcó encima de ellas. Le llegaron los atroces dolores, y él, separando el cortinaje de la otra recámara, con los ojos y el rostro tendidos hacia aquella mujer, quería sonreírle y le sonreía para que no se inquietara.

La mujer se durmió.

Al día siguiente, en la mañana, encontraron á P....—cuyas venas se ahuecaron durante la noche—siempre apartado con una mano el cortinaje, siempre con el rostro tendido hacia la mujer.

La mujer tuvo miedo y corriendo se mudó á la casa de aquel á quien el moribundo llamaba su mejor amigo.

P.... fue llevado al hospital....

Del muerto, no queda más que un poco de cera y de yeso, y el nombre de *Possot* que vive aún en la memoria de algunos amigos.

LA LUZ QUE CURA

—

Fuente de vida y de actividad, la recunda radiación del sol contiene fuerzas de formas infinitas, de las cuales empieza á apoderarse la ciencia.

El análisis espectroscópico elemental de la luz solar, que el arco iris realiza en la naturaleza, nos demuestra que la luz blanca está compuesta de radiaciones luminosas de color, que forman la escala visible: violeta, índigo, azul, verde, amarillo, anaranjado, rojo. Pero más allá del violeta y del lado acá del rojo, los físicos descubren cada día ondas de nuevas radiaciones, demasiado poco considerables para ser percibidas por nuestra vista, pero cuyas propiedades físicas y químicas son muy acentuadas y nos reservan grandes sorpresas.

Las radiaciones que se encuentran al lado del rojo se han llamado caloríficas, pues su acción se traduce particularmente por elevación de temperatura; las descubiertas más allá del violeta han sido llamadas químicas, en razón de su acción sobre el equilibrio molecular de la materia, que tienden á modificar, es decir, en razón de los efectos químicos que producen.

Se podía, pues, prever que llegaría el día en que, por la disociación de los elementos de la luz blanca solar, se podrían obtener curiosos efectos, tanto desde el punto de vista científico como en las aplicaciones de la

ciencia en la industria y en las artes, y aun en el arte de curar, según que se hicieran aplicar las radiaciones caloríficas ó las radiaciones químicas.

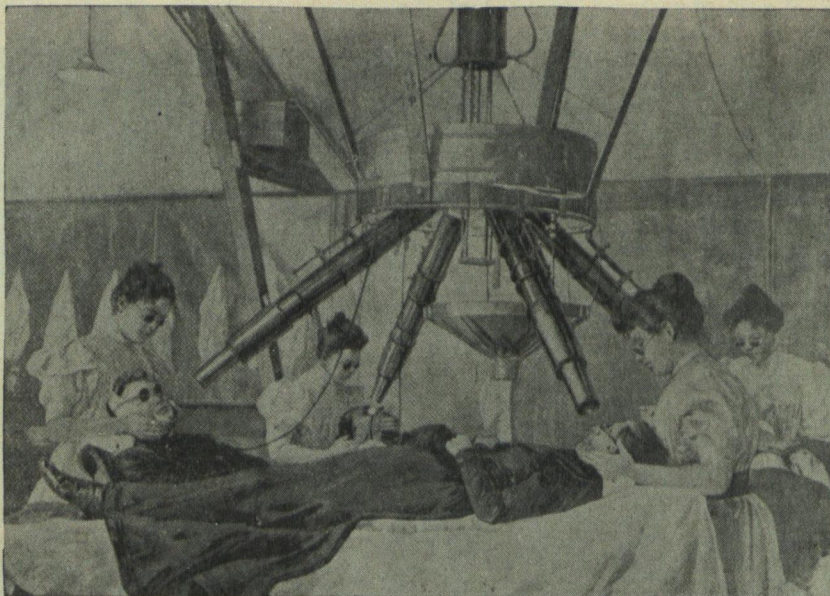
Se sabe que la luz solar, el agente de desinfección más universal, más económico y más activo, por la destrucción rápida de microbios que realiza, debe precisamente esta propiedad á la acción perturbadora de sus radiaciones químicas.

Pero ya, en 1859, Charcot había emitido la opinión de que son los rayos químicos los que producen las dermatitis solares ó eléctricas, es decir, las insolaciones. Y en 1862, en sus estudios sobre la intensidad propia á cada rayo del espectro solar, desde el punto de vista de la acción irritante que puede ejercer sobre la piel, el profesor Bouchard confirmó esta opinión.

De allí, la idea de que se podría, en ciertas enfermedades eruptivas, atenuar la irritación de la piel, cuando la irritación llega hasta la supuración—idea que es el origen del tratamiento de la viruela por la luz roja. En efecto, no dejando llegar á la piel de los variolosos sino las radiaciones caloríficas, se suprime la acción excitante y desorganizadora de los rayos químicos y, como lo han demostrado los ensayos, se reducen á su *minimum* los efectos inflamatorios de la erupción. Pero se ha ido más lejos, y se ha preguntado si no sería posible curar ciertas enfermedades de la piel, consideradas como parasitarias ó microbianas, empleando, exclusivamente, la acción de las radiaciones violetas, químicas, que se muestran tan activas en la destrucción de microbios.

Al profesor Finsen, de Copenhague, corresponde el honor de haber sido el primero en atraer la atención del mundo médico sobre el partido que puede sacarse de los conocimientos que acabamos de exponer; y él ha sido, sin duda alguna, el primero que ha entrado resueltamente en la vía de la práctica, lanzando las bases de la *fototerapia*.

A M. Finsen se le debe el tratamiento de los variolosos en cuartos de los cuales se excluyen los rayos químicos, filtrando la luz á través de espesas cortinas rojas ó de vidrios



La luz que cura: El tratamiento por la luz eléctrica en el Instituto de Finsen, de Copenhague

sido, particularmente, objeto de los ensayos de M. Finsen.

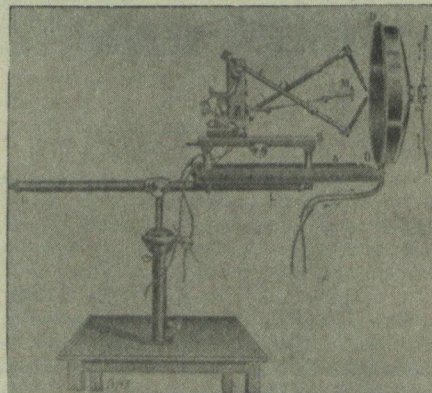
En la práctica, M. Finsen emplea, para concentrar los rayos solares, lentes huecos, llenos de agua coloreada de azul, por una solución de cobre amoniacal. Esta agua filtra la luz, absorbe los rayos caloríficos y no deja pasar sino los químicos, cuya acción terapéutica se recibe.

El primero de nuestros grabados representa enfermos, atacados de lupus en el rostro, recibiendo el tratamiento en el Instituto fototerápico de Copenhague. La luz empleada aquí no es la luz solar: es luz eléctrica, cuyo espectro químico es más extenso que el de la luz solar, y cuyo uso estaba en este caso muy indicado. Véase bien que los enfermos tienen los ojos y la piel sana protegidas contra la acción de los rayos curativos, cuyos electos son fuertemente cáusticos.

El segundo grabado representa un tratamiento al aire libre, por medio de la luz solar. Esta es, si se quiere, la forma empírica del tratamiento, que permite á los enfermos aprovechar la acción tónica del sol sobre el estado general. El enfermo, envuelto en telas blancas y provisto de anteojos negros, se instala en una silla ó sobre una cama, con la cabeza lo más alta posible y protegida contra la radiación solar. La enfermera regulariza la dirección del lente solar de manera que el

vestidos completamente de blanco, con la cabeza cubierta con un gran sombrero de tela blanca, los ojos preservados por anchos anteojos azules, los brazos enteramente desnudos y de color de *corteza de pan* á causa de la influencia de los rayos solares, dirigir los grandes lentes azules para hacer caer los rayos concentrados sobre las partes que hay que tratar, limitadas por el médico en un círculo trazado con lápiz dérmico.

Francia no tardará, sin duda, en seguir este ejemplo, pues Lortet y Genoud se han hecho los importadores del método Finsen en aquel país; y sus experiencias, practicadas en el Laboratorio de parasitología de la Facultad de Medicina de Lyon, han confir-



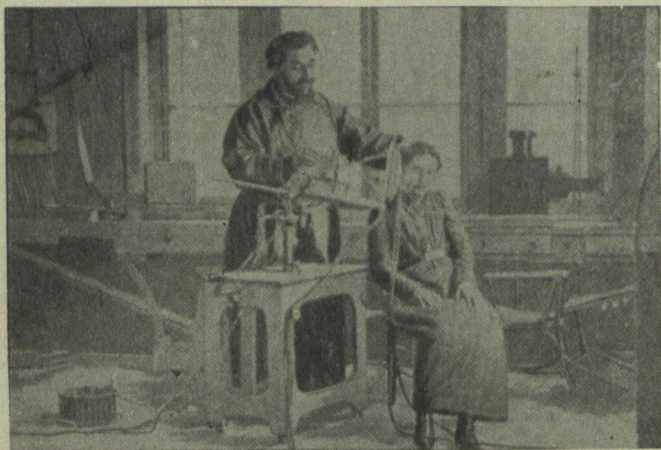
El aparato de Lortet y Genoud

mado perfectamente los resultados del médico danés.

En una comunicación hecha el 4 de marzo último en la Academia de Ciencias, los señores Lortet y Genoud han descrito un aparato de su invención, que tiene por objeto hacer utilizables los rayos eléctricos lo más cerca de su origen antes de su dispersión, lo que se obtiene suprimiendo los conductores.

Este es el aparato que muestra en acción uno de nuestros grabados, en el cual se ve á una joven enferma recibiendo un tratamiento fototerápico para curar un «lupus» en la cara. Presentamos también, en otro grabado, un dibujo de este aparato.

El arco eléctrico de corriente continua está producido entre dos carbones que forman un ángulo suficiente para que el cráter del car-



Una sesión de fototerapia

de este mismo color. El método ha sido aplicado también al sarampión con algún éxito.

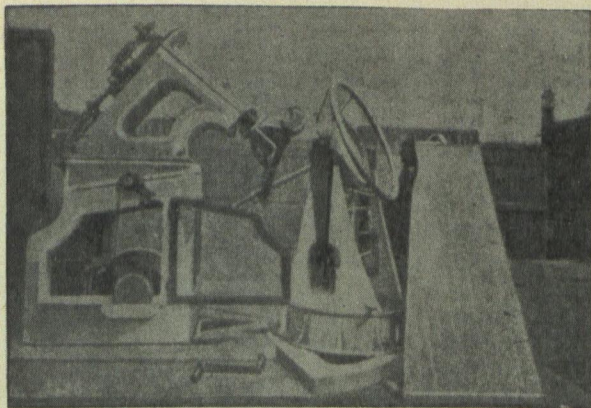
Muchas enfermedades crónicas de la piel tienen igualmente relación con la luz, en cuanto á su causa y á su marcha: las pecas, por ejemplo, se manifiestan exclusivamente, en las partes de la piel expuestas al sol. De allí, la indicación de preservar estas partes de la luz. Esta es la fototerapia negativa.

Por el contrario, la fototerapia positiva se aplica contra las enfermedades de la piel causadas por microbios. El lupus que es la más horrible y la más difícil de curar, ha

loco se encuentre siempre muy cercano á la parte sometida al tratamiento.

En estas condiciones, el 31 de diciembre de 1899, M. Finsen, sobre 462 casos de lupus obtuvo 311 curaciones. Los otros enfermos habían interrumpido el tratamiento por causas varias y sólo 4 casos se mostraron refractarios.

Nada es tan pintoresco ni tan interesante—refieren dos médicos de Lyon, Lortet, de la Facultad de Medicina, y Genoud, jefe de los trabajos del Laboratorio de parasitología—como ver, en el jardín del Hospital de Copenhague, treinta enfermeras de M. Finsen,



Una sesión de exposición á la luz solar

bón positivo proyecte la mayor parte de la luz que sigue la dirección del cono cuyo eje pasa por el centro del orificio O, que ocupa el centro de DD, especie de cubeta vertical

proyección de la luz hacia atrás. El arco no alumbra pues sino en su parte anterior en relación con O. Delante del orificio se fija un pequeño aparato C, especie de obtu-

de doble fondo cuyas paredes, distantes de 6 á 7 milímetros, dejan un espacio vacío en donde circula constantemente el agua. Esta agua impide la calefacción de la cubeta, que hace el papel de pantalla provista de un orificio por donde pasa la luz. Un sistema de brazos articulados y de tornillos permite el manejo del arco, que se puede acercar más ó menos del orificio de la pantalla.

Cuando el aparato funciona, se trae el arco á una distancia de 1 á 2 centímetros del orificio. Los carbones están cubiertos por los bordes de DD y el espejito M, impide la luz hacia atrás. El arco

rador hueco, limitado en sus dos faces por discos de cristal de roca. En el interior circula una corriente de agua.

El arco eléctrico puede aproximarse á una distancia de 4 á 5 centímetros del obturador sin que este se caliente.

El aparato está montado sobre una vara movable en todo sentido, lo que hace muy fácil su empleo. El tiempo de exposición necesario para obtener un resultado curativo no pasa de 15 á 20 minutos, en vez de una hora ó hora y cuarta que se necesitaba con los aparatos empleados precedentemente.

Aunque los doctores Lortet y Genoud estén todavía en el período de experimentación, numerosos enfermos han gozado ya los beneficios de su instalación fototérmica de laboratorio. Y los primeros resultados obtenidos son bastante satisfactorios como para desear ver á los hospitales y á las clínicas adoptando en grande sus métodos.

El Sol es un gran mago; la Electricidad, un hada poderosa. Nadie extrañará verlos ejercer otro oficio: el de curar.



COMISION VENEZOLANA (*)
DE
LIMITES CON LA GUAYANA BRITANICA
—
(CONTINUACIÓN)
—

Remontada del Amacuro hasta sus fuentes.—Descubrimiento de éstas.—Primeras estribaciones de la sierra de Imataca.—Región de las selvas.

A partir de la desembocadura en el Amacuro del río Haiwa, llamado en dialecto Arawac, Simoconainasanuca y tercer punto geográfico de nuestros límites orientales, la línea fronteriza entre ambas Guayanas, Venezolana y Británica se extiende por toda la parte media del caudal del Amacuro hasta su nacimiento en la sierra de Imataca; disposición que determina como venezolana la margen derecha, y como británica la izquierda.

Después de un mes de permanencia en las bocas del Haiwa, y durante el cual se determinó astronómicamente la posición de dicho punto; se erigió el poste demarcador y se abrió una pica de diez kilómetros que conectó las fuentes del Mururuma con las bocas del Haiwa, ambas Comisiones levantaron el campamento allí formado para emprender la remontada del Amacuro el día 23 de enero a las 7 y 45 de la mañana.

Fue nuestro vehículo de transporte hasta donde lo permitió el caudal de este río, una lancha de vapor que a la vez remolcaba cuatro embarcaciones pequeñas cargadas con nuestras ya muy escasas provisiones y nuestros equipajes, también reducidos a lo estrictamente necesario, en previsión de la dificultad de los trasportes en lo sucesivo.

Las exigencias del trabajo deslindador, dividieron en tres grupos nuestra Comisión, los cuales debían reunirse en San Victor, sitio escogido para levantar el tercer campamento, y situado al nivel de la primera catarata del Amacuro. Formaron el primer grupo, el segundo ingeniero, y el ingeniero Secretario de la Comisión, quienes debían medir y levantar el plano de la porción del río comprendida entre la desembocadura del Haiwa, y nuestro próximo campamento de San Victor; trabajo impropio, por la inclemencia de la zona, y llevado a cabo con energía y competencia dignas de todo aplauso.

Eran del segundo grupo el ingeniero en jefe y el tercero, quienes debían fijar astronómicamente la posición de un punto intermedio del trayecto que íbamos a atravesar.

Formaban finalmente el tercer grupo el resto de la Comisión, que debía seguir sin detenerse hasta San Victor, y fijar allí el tercer campamento. Las primeras horas de nuestro viaje no presentaron dificultad ni incidente que merezca recordarse. El río, aunque menguando su caudal, a medida que lo remontábamos daba fondo sobrado a nues-

tro pequeño vehículo de vapor, de muy poca cala y perfectamente adecuado a las dimensiones de la vía fluvial que atravesábamos.

La mañana era hermosa; de la superficie del río, inmóvil y tersa, levantábanse perezosamente, a los primeros rayos del sol, ligeros vapores blancucinos que, al elvarse en la atmósfera y espaciarse en su seno, velaban por instantes la verde fronda de las orillas.

Un hálito de las montañas, cuyas primeras estribaciones divisábamos hacia el oriente, reanimaba nuestros organismos dando a nuestros pulmones y a nuestra sangre, fatigados y empobrecida por el ambiente malsano de la zona pantonosa que abandonábamos, un soplo de oxígeno vivificador. Bandadas de albas garzas, abiertas las alas y extendidos los gentiles cuellos en actitud hierática, tomaban el sol, ora en los árboles de la ribera, cuya verdura monótona rompían con la albura inmaculada de sus plumajes, ora en los macizos flotantes de Piscidias y Nenúfares, que alfombraban de esmeraldas la tersa superficie acerada del ancho río. Y en el seno de aquella naturaleza agreste, silenciosa y salvaje, sólo resonaba el golpe acompasado de la hélice de nuestro transporte, que avanzaba turbando la quietud misteriosa de aquellas aguas y trazando ancho surco en el porvenir territorial de Venezuela.

A medida que ascendíamos hacia las fuentes del Amacuro, hasta entonces inexploradas, el nivel del terreno va paulatinamente elevándose. El piso antes de limo cenagozo y mal oliente va perdiendo humedad, haciéndose más seco, y su mayor altitud a la vez que permite la aparición de nuevas especies botánicas, hace desaparecer otras, especialmente las palmas.

EL SEJE.—*Onocarpus baccaba*—llamado también *Turú* en dialecto arawak, ó Mujiduna en Warrau, no brinda ya al guarauño nómada su racimo succulento.

LA PALMA TENICHE.—*Phitelephas temiche*—no despijale en las tupidas frondas su copa empenachada, y el Moriche—*Mauritia flexuosa*—no ofrece al primitivo morador de estas riberas su múltiple y generoso feudo.

Pero en cambio, la mayor solidez y altura del terreno ofrece condiciones de vegetabilidad a numerosas plantas, ricas por sus aplicaciones a la medicina y a la industria.

EL CABIMA.—*Copayfera officinalis*—destila su bálsamo odorífero.

EL JOBO.—*Spondia lutea*—esmalta con sus frutos, perfumados y amarillos su enhiesta copa verde.

LA CARAÑA.—*Amyris caraña*—y la Tacamahaca—*Isica tacamahaca*—concretan sus balsámicas resinas, que dan al indio cura para sus heridas y lumbre y mirra para sus chozas.

EL CACARALI.—*Rhinocarpus excelsa*—de madera superior para construcciones navales, empina su talla corpulenta, coronando las selvas.

EL SASSAFRÁS.—*Acética gavicensis*—cuyo tronco adquiere a veces la circunferencia de seis varas, crece soberbio.

EL ARAGUANEY.—*Bignonea pentaphylla* y las diversas variedades del roble ofrecen su madera al ebanista para las construcciones artísticas.

(*) No autorizamos la reproducción de estos trabajos del doctor Toro, porque él se reserva el derecho de coleccionarlos, próximamente, en un libro.—N. E.





LA SARRAPIA.—*Diptherix odorata*—cuaja sus perfumadas drupas que verdean entre el follaje sombrío.

Concreta el PURGO su jugo lechoso, promesa halagadora de pingües ganancias.

EL YAGRUMO—*Cecropia peltata*—abre al cielo sus verdes abanicos y da albergue á la Pereza, indolente y pasiva como su nombre. Y la VAINILLA—*Epidendron vainilla* adhiere sus sarmientos trepadores á los vecinos troncos y perfuma, como el sándalo, la mano que la hiere.

La riqueza fluvial de la zona que atravesábamos es incomparable. Ríos caudalosos, y de fondo capaz para los mayores trasatlánticos, surcan y fertilizan esta región fecunda; y unidos y anastomosados entre sí por caños ó riachuelos secundarios de aguas dormidas y profundas, forman una red tan intrincada y extensa, que en una simple piragua pueden recorrerse trayectos de cuatro y quinientas leguas. Por ejemplo: puede irse del Esequibo hasta algunas leguas al interior del Orinoco con cierta relativa facilidad y sin mayores peligros, partiendo de aquel río, entrando al Pomarón; de éste aguas abajo del Guaimí hasta el caño Morawana por cuyo curso se llega al Barima; entrar por éste al caño Yariquita que nos conduce al Amacuro; bajar la corriente de éste hasta el Cuyubini; subir éste hasta su bifurcación entrando por el ramal derecho que lo une con el Arature, el cual desemboca á su vez en el Orinoco á la altura de la isla Imataca.

Diez minutos después de nuestra salida del Haiwa, llegábamos á la altura del caño Carosaima situado en la margen izquierda ó inglesa; caño de regulares dimensiones que rodea por el Noroeste el cerrillo de su nombre, eslabón desprendido de la próxima serranía de Imataca.

Algunos minutos después nos encontramos frente á la Comisaría venezolana de Amacuro, situada en la falda de la colina Wause. Al cabo de una hora llegábamos á la confluencia, en la margen derecha ó venezolana del Amacuro, de un segundo caño que allí desemboca bajo un ángulo tan marcadamente oblicuo que á primera vista aparece como paralelo al principal. Inmediatamente después llegábamos á la altura de otro situado en la margen británica y llamado caño Guabanuco; luego otro en la ribera derecha, el Diana, y en seguida otro en la izquierda, el Secumaca y luego otro en la venezolana, el Wause-janasanuca; en resumen diecisiete caños distribuidos así: en la orilla izquierda británica, el Carosaima, Guabanuco, Secumaca, Tocomamo, Muricamo, Yaguasicoro, Jana-sanuca, Yabajobaca y Yariquita; y en la venezolana ó derecha el Diana, Wause-janasanuca, Wause janaida, Aguara, Simocomoquína Bioto y Salepaentro. De estos caños el más importante por su caudal é importancia fluvial es el Yariquita que pone en comunicación el Barima con el Amacuro, y el error á que sus dimensiones en todo iguales á las de éste pudiera dar lugar, queda subsanado sabiendo que el brazo derecho es la continuación del Amacuro.

A mitad del camino divisamos en la margen venezolana, un pequeño paraje

sembrado de cocoteros; era la estación de Guauno situada en la margen del caño de su nombre y antiguo asiento de la segunda subcomisaría venezolana, incendiada por los indios.

Las rápidas inflexiones del Amacuro después de la confluencia del Yariquita, dificultan en grado máximo la navegación, y nuestra marcha se hacía cada vez más difícil por la larga cola de curiaras que traíamos á remolque, hasta el extremo de que, en una de aquellas rápidas vueltas del río, cada vez más angosto, la velocidad de la marcha y la fuerza centrífuga desarrollada al vencer una curva de muy pequeño radio, rompió las amarras que ataban á la última de las curiaras, lanzándola por la tangente, é internándola entre los árboles de la orilla. Afortunadamente estaba vacía y no hubo que lamentar ningún incidente desgraciado.

Después de cuatro horas de marcha en que el incentivo de lo nuevo, la atracción que sobre nosotros ejercía lo desconocido de las regiones por donde atravesábamos, los nuevos panoramas que contemplábamos, de belleza monótona pero extraña y sugestiva; la sola circunstancia de que cambiábamos la zona pantanosa y malsana donde habíamos permanecido dos meses, por la región de las selvas, de ambiente más puro y que mayores garantías brindaba á nuestros organismos amenazados por todas las inclemencias del cielo y de la tierra; aminoraba un tanto en nuestros ánimos la penosa consideración de que íbamos internándonos más y más, poniendo así cada día, cada hora, cada minuto, mayor distancia entre nosotros y nuestros lejanos hogares.

Vencida esta primera jornada de nuestra marcha, detúvose la lancha porque el caudal del Amacuro, ya muy exiguo, no daba fondo suficiente á aquella. Saltamos á tierra sobre la ribera izquierda, trashedamos á nuestras curiaras provisiones y equipajes y devolviéase la lancha, para proseguir nosotros en aquellos el resto del camino que faltaba. A ese punto de trasbordo donde quedaron el ingeniero en jefe y el tercero para tomar durante la noche de ese día posiciones astronómicas, á ese sitio no señalado por ningún carácter especial, ni físico, ni de particular belleza, bautizamos no obstante, con el nombre de «La Lancha», sirviéndonos en lo sucesivo de punto de referencia importante para la apreciación de las distancias, y también de vivac transitorio para los peones encargados de transportar las provisiones. En dicho punto permanecimos el tiempo estrictamente necesario para distribuir en las piraguas equipajes y muy escasas provisiones, pues los tres grupos en que las necesidades del trabajo técnico dividieron la Comisión, hizo también necesario que en tres porciones se dividieran igualmente las provisiones de que para entonces disponíamos. A la 1 y media p. m. de ese mismo día, después de un muy exiguo almuerzo, que sólo se limitó á un poco de galleta y queso, emprendimos la marcha bajo un sol canicular. Componían nuestro convoy una falca y tres curiaras con todos los equipajes, tiendas de campaña y algunas provisiones.

Dificultades sumas y no pocos peligros ofrecía para nosotros esta remonta-

da, por las circunstancias especiales en que nos encontrábamos, de no tener baquianos ó guías, de no conocer el territorio, y de tener nosotros mismos que impulsar y dirigir nuestras respectivas embarcaciones á lo largo de un río, que, naturalmente va disminuyendo su caudal á medida que se asciende hacia sus fuentes, obstruida á cada instante la vía por enormes troncos caídos á través de la corriente, que imposibilitaban en absoluto el paso.

Además, como el terreno va insensiblemente elevándose, el plano inclinado que forma el lecho del río se va acentuando más y más, multiplicando así los raudales cada vez más frecuentes y veloces. En algunos sitios la corriente era tan rápida, que aun la dócil y veloz curiara impulsada á una, energicamente, por nuestros canaletes, no lograba vencer la rapidez de aquella, sino que arrastrada al fin, tomaba una posición transversal á la corriente, lo que casi equivalía á volcarse; incidente que en jerga india se llama trambucamiento. Mas no eran sólo los rápidos el único obstáculo que se nos presentaba; á cada paso troncos caídos transversalmente de las frondosas riberas, obstruían el paso, ora disminuyendo en ese punto la profundidad del río hasta el extremo de no haber agua suficiente para el flote de la curiara, ora tendidos de orilla á orilla, formando verdaderos puentes á alturas diversas de la superficie del agua, algunos á no más de 30 centímetros de aquella. En el primer caso, al divisar á cierta distancia la sombra del tronco caído á través del agua amarillenta, si calculamos que la frágil curiara podía pasar por encima con agua suficiente, redoblábamos nuestros esfuerzos, remábamos con energía suma hasta darle á la curiara la velocidad suficiente para vencer el rozamiento y vadear el obstáculo. Operación un tanto peligrosa, porque mas de una vez sucedió, que la refracción no nos permitió apreciar con relativa exactitud la profundidad á que se hallaba el obstáculo, y nos vimos súbitamente detenidos por el choque de la piragua con el tronco caído, encima del cual quedaba á veces á guisa de balanza en un verdadero equilibrio instable, muy propicio para un volcamiento. En el segundo caso, cuando no era ya en el fondo del río donde estaba el obstáculo sino por encima, á veces á flor de agua que se tendía el corpulento árbol caído, procedíamos de la misma manera: impulsábamos velozmente nuestra curiara para pasar por debajo arrojándonos violentamente al fondo de la embarcación, y tendiéndonos horizontalmente en el momento de pasar, pues la distancia entre el obstáculo y la superficie del agua era á veces tan pequeña, que apenas daba paso á la línea de flotación de la curiara.

Cuando no eran obstáculos de esta índole los que dificultaban nuestra marcha, era entonces la falta de fondo suficiente que nos obligaba á arrojarlos al agua y á arrastrar por tierra nuestra embarcación, hasta encontrar agua suficiente que le permitiera flotar. Esta operación la repetimos en el tránsito más de veinte veces.

DOCTOR ELIAS TORO.

(Continuará).

LA MORAL

COMO BASE DE LA INSTRUCCIÓN FEMENINA

En los modernos tiempos, quizá con mayor empeño que en los pasados, debe entrar en el plan de instrucción femenina la moral, pero no á modo de aditamento, considerado de adorno, según se enseñan dibujo, idiomas y labores, sino abarcando el tema, con toda su severa grandeza é indiscutible importancia.

El alma femenina, por medio de una vasta y bien dirigida instrucción, predispuesta como se halla á asimilarse toda clase de conocimientos, perfila cultura, penetra con dulce seguridad en el fondo de todos los problemas que constituyen la vida, y al saludar las luminosas conquistas de la civilización, se constituye, de la manera más natural y espontánea, en firme garantía de la misma, en la esfera del hogar, en el seno de la familia, donde su influjo es directo y trasciende de poderosa manera, á la marcha social evolutiva, á través de los siglos.

Teniendo esto en cuenta, siempre hemos abogado, y continuaremos abogando sin descanso, por la instrucción de la mujer, convencidos hasta la evidencia de que sólo la mujer instruida puede satisfacer las ansias del corazón del hombre moderno, convirtiéndose en su tierno é inteligente auxiliar.

Instruida y buena deseamos á la mujer, y como se nos alcanza que con el sistema de educación á que nos sentimos fatalmente inclinados, merced á censurables corrientes apenas iniciadas, podría resultar la mujer muy instruida, si, pero cada día más divorciada su alma del bien, estimamos de oportunidad poner de relieve cuánto importa que en los estudios femeninos, destaque el tema de la moral al lado de todo lo que más principalmente á su instrucción se refiera. Dando á la mujer nociones claras, extensas, completas de moral, no correrán ciertamente peligro sus energías; por el contra-

rio, se encaminarán siempre con seguro paso, á beneficiosos fines, porque este resultado sólo cabe esperarlo de las raíces que la moral haya echado en su alma.

Con la moral se aprende á sentir y á defender lo bueno; con la moral y por medio de ella nos acostumbramos á examinar nuestros sentimientos, analizán-

gando algunos, en su afán de transformismos, que la moral y su estudio, bajo antiguas fases analizada, son, más que auxiliares, entorpecimientos poderosos opuestos al plan de instrucción que necesita la mujer moderna.

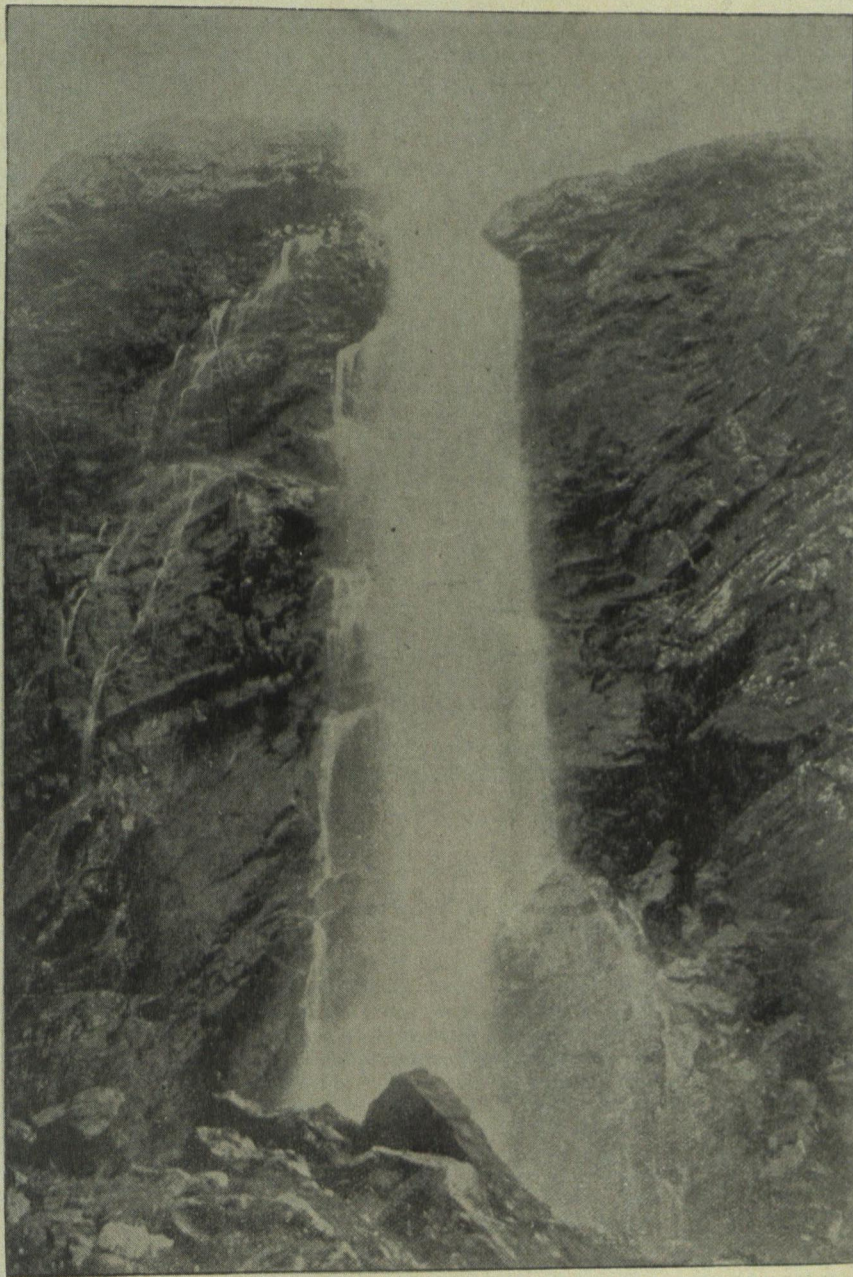
Se apoyan los que tan atrevida afirmación sustentan, en que los profesores de moral, enseñan si, á la mujer á sentir,

tendencia espontánea en ella y que por lo mismo necesita escaso impulso ajeno; pero en cambio la apartan de la vida práctica, y en cierto modo independiente de todo lazo coercitivo, que tantas ventajas está llamada á proporcionar á las generaciones futuras. En una palabra, amalgaman la moral con restricciones tan abrumadoras del propio, del individual impulso, que en verdad aparentemente resulta rémora de la educación femenina en nuestros días, el concepto moral, entendido según hasta ahora han venido entendiéndolo las sociedades, al considerar el poderoso elemento de salvación, para la que ha de ser siempre ángel del hogar y hermosa esperanza de la familia.

A nuestro entender, el concepto se halla lastimosamente equivocado; con elementos morales bien dirigidos, una mujer puede llegar á ser firme sostén del progreso, reflejando su personalidad en todos los actos de la vida que con ella tengan relación, sin incurrir en ideas de retroceso, ni en sentimentalismos ridículos y fuera de razón, que se despegan rudamente de las tendencias positivistas y un tanto frías en que abunda la vida moderna. Precisa

desengañarse, si no queremos que las sociedades corran á su ruina total; la mujer ha de continuar siendo buena, y para ello importa que tenga de la moral y del bien el alto concepto que ambos merecen.

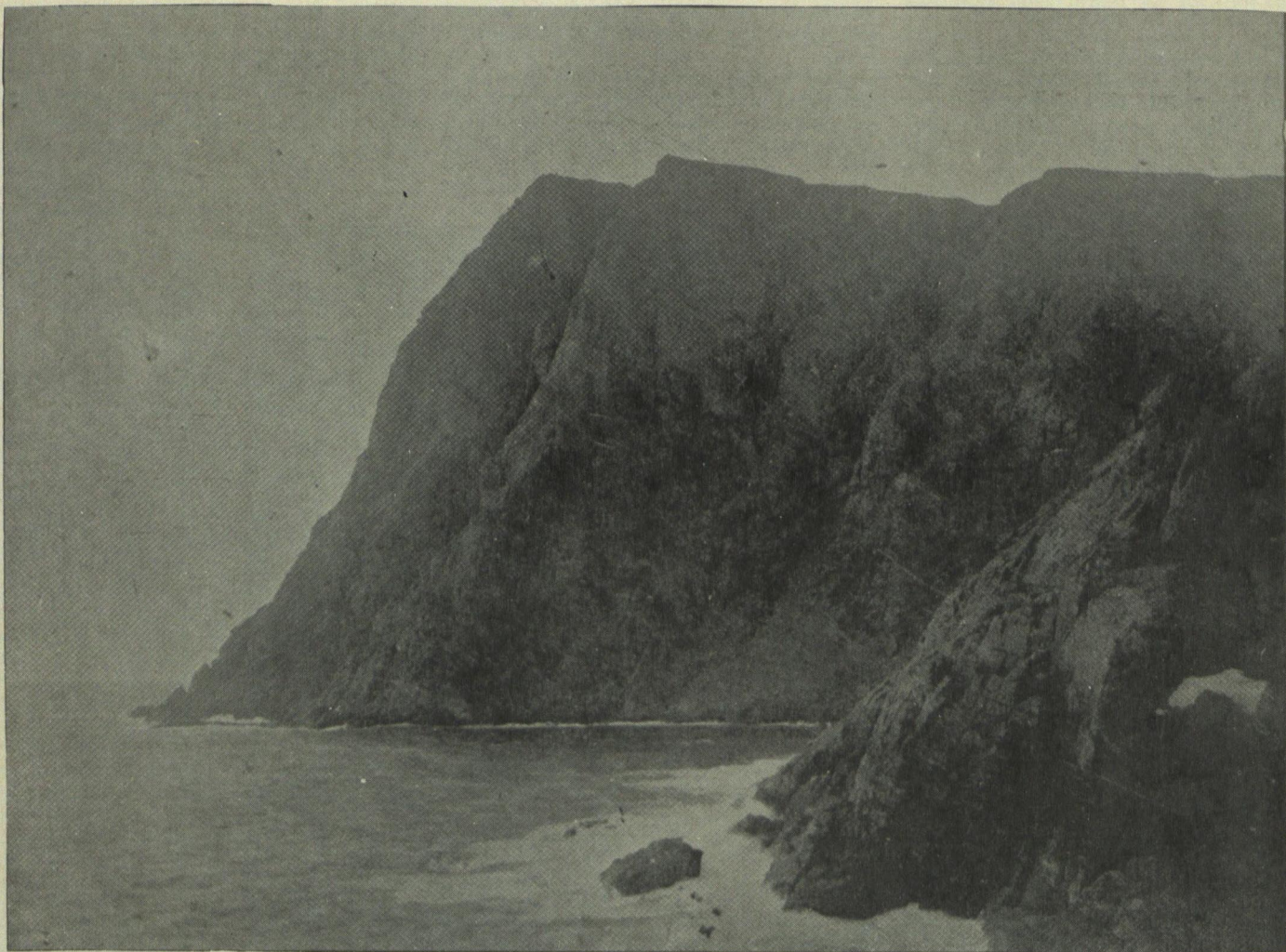
Lejos de descartar á la moral del plan de estudios femeninos, precisa que figure en ellos, en primera línea, entre otras cosas, porque con la moral por norte, la mujer no aceptará ni siquiera en principio aquellas peligrosas teorías que encaminan sin ningún género de duda á



Gran cascada de Storlien — Suecia

dolos con noble franqueza; merced á la moral, nunca bastante elogiada, nuestras ideas se manifiestan bajo simpático aspecto, y con la moral, en fin, por norte, cuanto en la esfera social y familiar á la mujer se refiere, no será jamás una amenaza, sino una garantía para las sociedades.

Y que es de actualidad el tema de la moral, aplicado á la instrucción femenina, nadie puede dudarlo, hoy que tanto se discute sobre la mujer, y que tan originales problemas se plantean, ale-



CABO DEL NORTE. — Noruega

una evolución radical del sexo, trocando destinos, ideales y propósitos. Positivamente debemos convenir todos en que la moral desaparecerá del mundo, no el día en que el hombre audaz y libertino la relegue á secundario término, sino cuando la mujer deje de ampararse en ella, como en su más firme apoyo, y el día que la moral desaparezca, el hogar se anonada también y con él la dignidad de la familia humana. No, no, el progreso bien entendido no debe eliminar los estudios de moral de la educación de la mujer moderna, sino, por el contrario, ampliarlos en todos sus detalles y según los detalles que nos ofrezca el progreso. Si en las cátedras de moral la manera de sentir femenina se embellece y depura, debemos felicitarlos de ello, no sentirlo, pues sean las que fueren las complicaciones y exigencias del porvenir, la poesía y el encanto de la vida, el innegable aliciente del amor, radicarán siempre en ese hermoso corazón femenino, dispuesto á vibrar con más vehemencia que el del hombre, los dulces sentimientos, las delicadas ideas y tiernas abnegaciones, que convierten á menudo á la tierra en un reflejo del cielo.

JOSEFINA PUJOL DE COLLADO.

Madrid.

Señor Director de El Cojo ILUSTRADO.

Estimado amigo:

Acompaño á usted el estudio relativo al prefijo *tatara*, que ha tenido la amabilidad de dedicarme un distinguido venezolano, quien aconsejado de su ingénita modestia, acostumbra no adornar con su nombre ni las obras que le dicta su ilustrada inteligencia, ni las que le inspira su generoso corazón.

Agradecería á usted, señor Director, que dicho estudio viese la luz pública en su ilustrado y popular quincenario.

Soy de usted atto. S. y amigo.

FELIPE TEJERA.

Caracas: 21 de mayo de 1901.

OBSERVACIONES

Relativas al prefijo "tatara" que concurre á la formación de las palabras tataranieto, tatarabuelo y tataradeudo.

Dedicado al muy querido amigo el señor Don Felipe Tejera, distinguido literato y poeta.

(Vir bonus et sapiens).

Acaso no sería aventurado explicar el *tatara* de tataranieto, tatarabuelo y tataradeudo, atribuyéndolo á la terminación *tara*, que procede de la raíz, *tar pasar*, que sirve en sánscrito para formarel comparativo de los adjetivos, y, ésto, con razón tanto mayor, cuanto que también se agrega á sustantivos y verbos comunicándoles el sentido de superioridad, así

que de *stri*, mujer, sale *stritará*, más que mujer; de *pachati*, él cuece, sale *pachatitarán*, él cuece mejor.

Atribuirlo al griego *tetra* cuatro, sería en el caso que tataranieto, tatarabuelo, designaran al que es cuarto nieto ó abuelo; al paso que siendo *tatara* la reduplicación de *tara*, aquellas palabras significan *nieto*, *más nieto*, *más nieto*, ó *tercer nieto*; *abuelo*, *más abuelo*, *más abuelo* ó *tercer abuelo*. En lugar de decir tarataramietero, taratarabuelo, se suprime la primera *ra* por eufonía y por brevedad.

La circunstancia de anteponerse en castellano las sílabas *tatara* al nombre, se debe á que, en las lenguas derivadas del latín, el signo de comparación precede regularmente al adjetivo. Es lo genial en ellas.

La terminación *tara*, que ordinariamente sirve para formar el comparativo en sánscrito, pasa, con el mismo carácter, pero modificado en *tar*, para el indostano y el persa; en *teros*, para el griego antiguo y el moderno ó románico; en *ior*, para el latín; en *ere*, para el danés; y en *er*, para el inglés, alemán, holandés, etc.

Si atendemos á la forma léxica, la semejanza que hay entre *tetra* y *tatara*, no es mayor que la existente entre *terri-za* y *tarrasa*; entre *terceiras* y *tarabitas*,

etc. Parece, pues, inadmisible que *tatara* se origine de *tetra*.

Cuanto á los que dicen que *tatara* viene del portugués *tataro* y del castellano *tato* que significan *tarlamudo*, porque el *tatarabuelo*, por su avanzada edad, tartamudea, se desentienden, por completo, de *tataranielo*, *tataradeudo*, que frecuentemente se aplican á niños ó á jóvenes vigorosos, que poseen voz plenisonante y entera, sin tartamudez alguna. ¿Cómo pues, aceptar tal explicación, que no es aplicable sino á pocos casos, y de ningún modo, al mayor número?

Quizás no esté fuera de propósito recordar aquí la traducción hecha de *Cabo de Horn* en *Cabo de Hornos*, por suponer, sin duda, los que la hicieron, que en la Tierra del Fuego, habría mucho calor y que aquel sería el horno; pero, como es bien sabido, ni calor, ni horno, ni nada que se le parezca existe en dicho lugar, antes al contrario, mucho frío y fuegos fatuos. Con semejante traducción, no sólo se ha desnaturalizado la palabra, ya que en ninguna lengua significa horno, sino que también queda burlada la mente de Guillermo Schouten, descubridor de este Cabo, quien le dio el nombre de Horn, para rememorar su ciudad natal.

En el estudio que se haga para descubrir el origen, semejanza ó filiación de los idiomas, debe preferirse la comparación de los organismos gramaticales á las formas léxicas, ya que éstas inducen muchas veces en error, y, siendo el castellano y el gallego ó portugués, de los que componen la rama greco-latina del tronco indo-europeo, ¿qué tiene de extraño, que un elemento gramatical de la lengua sagrada de la India, se haya abierto paso, y éntre en la formación de algunos de nuestros vocablos? Esto es tanto más así, cuanto que numerosas voces y formas gramaticales de los idiomas europeos, tienen su raíz y su origen en aquella madre sabia al par de fecunda. (*)

Z

17 de mayo de 1901.

REVISTA DE REVISTAS

El nuevo estilo—Estetas de Ultra-Mancha—El concepto materialista de la felicidad y el feminismo.

Notabilísimas son las indagaciones hechas por Mario Morasso en la *Rassegna internazionale della letteratura e dell'arte contemporanea* sobre la existencia de un nuevo estilo en las artes plásticas y sobre los caracteres distintivos, causas de aparición y líneas generadoras del mismo.

(*) NOTA.—«En Andalucía, en Indias, y señaladamente en el Perú, acostumbran los muchachos para lucir la volubilidad de su lengua recitar una retahíla, como la siguiente: El Obispo de Constantinopla mal exarchiconstantinopolitanizado está: para que lo exarchiconstantinopolitanizemos de primores, llamemos á los *retataraexarchiconstantinopolitanizadores*» Vargas Ponce «Disertación sobre la Lengua Castellana».

«En el siguiente estrambótico raciocinio, en que de un modo burlesco se quiere dar la causal de una falta de correspondencia.—Te amo, Josepha, infinito, desatendido, afabidades menospreciándome: las incomprehensibilidades femenisadísísimamente constitucionalisadísímas, reconstitucionalisadísímas, archiconstitucionalisadísímas, *tatara*constitucionalisadísímas, *retatara*constitucionalisadísímas.

Vargas Ponce, «Disertación sobre la Lengua Castellana» publicada en 1791.

Estos ejemplos revelan también el mismo carácter y valor del prefijo *tatara*.

Es un hecho que tenemos ya un estilo nuevo que caracteriza todas las modernas construcciones del hombre moderno, desde la casa en que vive hasta la joya con que se adorna. Ese estado amorfo en que el espíritu humano ha vivido desde que en 1830 se extinguieron las últimas llamaradas del estilo Imperio, ha cesado ya, y el siglo XX nace á la vida con estilo propio.

El estilo es la proyección fuera del yo, individual ó colectivo, de nuestra naturaleza interior, el reflejo de la conformación y del sistema de nuestra conciencia individual ó social. Cuanto más característica es esta naturaleza, cuantos más relieves típicos decisivos tiene esa conciencia individual ó social, más original y distintivo será el estilo del individuo ó del pueblo. Así se explica que al formarse, por la acción de una voluntad ó de todo un pueblo, una fuerte organización política, ó se afirma un tipo vigoroso de dominación ó de conquista, se tiene un estilo que caracteriza todas las manifestaciones de la vida de aquel pueblo, como puede verse en los grandes estilos históricos, egipcio, helénico, romano, gótico, morisco, renacimiento é imperio.

Las democracias, en cambio, no tienen como tales estilo ninguno, pues aparte de que estiman el arte como una actividad de lujo, el régimen democrático tiende á nivelarlo todo, eliminando las características personales más salientes, las superioridades individuales más firmes, las voluntades más enérgicas y dominantes. La utópica nivelación á que aspira ha producido la disgregación del mando, la desconsideración y debilitamiento de la aristocracia y de la fuerza militar, la destrucción de los ideales de gloria, de conquista y de patria, factores todos que, al servir de sólida base á la instauración de un gran tipo de cultura, son indispensables para la creación de un estilo.

Este fenómeno importantísimo de la falta de estilo bajo el régimen democrático, constituye una prueba de la deficiencia de un contenido original y orgánico de ideales y aspiraciones en la teoría democrática. Mucho se ha divagado en estos tiempos sobre la falta de estilo en el hombre moderno, y aventurándose muchas hipótesis, se ha hablado de decadencia de la raza y de disminución de la inventiva; pero la verdadera causa está en el espíritu negativo de la democracia imperante.

Tras un siglo de propaganda, y cuando la humanidad parecía convertida al evangelio democrático, se ha producido una vigorosa reacción, volviendo el espíritu á sus antiguos fervores, resucitando sus ideales de gloria, de belleza, de felicidad, de fe y de supremacía. Contra las miras y las persuaciones democráticas, la individualidad ha recibido nueva y potente consagración, la fuerza ha recobrado su vigor, la contemplación del ideal ha transportado las almas y el nuevo siglo empieza para los pueblos con estas tres características, antítesis de la doctrina democrática: reverdecimiento de la energía y de la dignidad nacional, acrecentamiento del sentimiento religioso y de la fe, intensificación y difusión de la guerra para la reconstrucción de las grandes civilizaciones dominadoras é imperialistas. El mundo, las muchedumbres, sólo esperan un amo.

Dada esta nueva orientación de la actividad y aspiraciones humanas, no podía tardar la epifanía tan esperada de un estilo nuevo. Y el nuevo estilo ha surgido, naciendo y desarrollándose precisamente en aquellos pueblos donde se inició la decadencia del régimen democrático y empezó á hacerse sentir el nuevo espíritu: Inglaterra y los Estados Unidos, los pueblos que con la guerra de Cuba y Filipinas, del Transvaal y del Extremo Oriente, con la instauración del militarismo imperialista, con el triunfo de Kipling, de Chamberlain y de Mac-Kinley, firman la completa bancarrota y la desastrosa liquidación de la democracia. Italia y España, las naciones todavía más impregnadas del viejo democrático, son también las en que el nuevo estilo no ha podido todavía echar raíces, siendo mirado con desconfianza y con hostilidad.

El régimen democrático ha dejado, sin embargo, instituciones, huellas y elementos en el alma del hombre y en la civilización de los pueblos, que se han hecho sentir en el nuevo estilo. El mercantilismo, el industrialismo y el mecanicismo, aunque por su actual grandeza y su resistencia orgánica hayan sido rebeldes al régimen democrático, de donde han nacido, perduran y forman parte de la vida moderna, influyendo en el nuevo orden de cosas. Tales influencias han hecho, por una parte, que el hombre, obligado á la penosa labor del trabajo cotidiano, reservase sus restantes energías para el sueño, el ideal y la utopía, donde el hombre proyectaba, como en dominio virgen, sus ansias de expansión, de felicidad y de belleza: de aquí el arte idealista y simbolista. Por otra parte, los progresos de la industria y los prodigios de la mecánica, los descubrimientos científicos y el exotismo de las relaciones comerciales, no podían menos de influir en la determinación de las nuevas formas decorativas, ofreciendo tipos y materiales nuevos para las modernas exigencias.

Del conjunto de estas influencias resulta que, mientras el hombre se ha visto más envuelto por lo útil en la lucha vital, ha sacado del arte irreal simbólico idealizado, el sentimiento del nuevo estilo. Los elementos decorativos del mismo no son por eso obra del acaso ó del capricho, sino que están en perfecta correspondencia con el sistema de sentimientos, ideas y aspiraciones dominante. Los florealistas, juzgando por el triunfo del estilo floreal, dirán que el estilo nuevo es un retorno más íntimo y delicado á la Naturaleza, observada con ojos agudos y amorosos; pero este retorno no es fruto de la observación directa de la Naturaleza por el artista, sino á través de la obra de arte, que, antes que una penetración, es una abstracción y una sublimación de la realidad.

El estilo *liberty* no existiría si no hubiera preexistido el prerrafaelismo; verdad es que saca sus motivos de formas de la Naturaleza, flores, hojas, estambres, etc.; pero esas formas no están tomadas de la realidad, sino de los cuadros, de las visiones de los prerrafaelistas, que tampoco las sacaron de la contemplación de la Naturaleza, sino de los cuatrocientistas ó de su propia imaginación: si no bastara para demostrarlo la observación de las producciones de unos y otros, bastaría recordar que los

primeros y más eminentes decoradores *liberty*, con Millais y Crane, fueron antes pintores prerrafaelistas.

Se objetará, quizá, que un motivo decorativo ampliamente empleado por el nuevo estilo, sacado de la danza luminosa de Loie Fuller, procede de la observación de la realidad; pero esa realidad es una realidad artística; la danza de la Fuller no es el ritmo tradicional de los movimientos del cuerpo humano, ni la visión de líneas de la realidad viva; son figuraciones y líneas de ensueños, indeterminadas como fulgores crepusculares; fantasmas de luz, creados por desvanecedora fantasía; líneas y formas etéreas; colores ambiguos y mórvidos; larvas lejanas de la vida real; aladas creaciones, de las que parece sacar vestido y color nuestro ideal. A través de todas esas variaciones, hay una forma ondulada tenuísima, como una forma de aire y de espíritu, que es su elemento común; forma fluctuante, que parece ensancharse como círculo de agua y que aparece usada por el estilo nuevo en los bronce, aparatos de iluminación, etc., como aparece la tonalidad confusa de colores, que es la tinta fundamental de la danza luminosa, en las telas y demás objetos coloreados.

Examinando las más diversas manifestaciones del estilo moderno, desde el mobiliario de una casa hasta las menores bagatelas, se descubre en la mayor parte de los casos la presencia de un elemento único, de una línea sutil que se desenvuelve de arriba abajo en una especie de graciosísima curva, que recuerda los contornos del bacinete: esa curva es la clave del nuevo estilo. Quien haya visitado la última Exposición de París se habrá podido convencer de la importancia de este motivo lineal en todas las manifestaciones del arte decorativo, bronce, telas, muebles, cuadros, joyería, etc. Ora aparece como el cáliz de una flor, ora como la contorsión imprevista de una orquídea, ora como el recuerdo de algún animal marino, ora como el signo del órgano reproductor de los vegetales ó como la curva ósea del bacinete humano.

Lo que distingue el estado actual de los espíritus es la intensa manía del dominio y del goce ultrarreal; esa línea ambigua acariciadora, ensanchándose ó plegándose en amplia curva, corresponde á esa orientación del alma. En otro sentido, esa curva típica, esquema de la armadura del vientre femenino, es el reflejo de esa atmósfera embriagadora de femineidad, fruto de la fiebre de la reciente posesión de bellos cuerpos desnudos de mujeres, trepidantes y audazmente acariciadoras, en cuyo seno se arroja el hombre moderno, que exasperado por la lucha cotidiana, siente agudísima la obsesión de la posesión del desnudo femenino como símbolo del supremo goce, donde siente todo el placer del vivir. Al entrar en una habitación decorada según el nuevo estilo, desde las puertas á las lámparas, y al pasear las miradas por aquella confusa selva de líneas, poco á poco se ve surgir la unidad y la eutritmia, apareciendo como una especie de figuración de nuestro espasmo nervioso; en aquellas líneas contorsionadas, en aquellas revueltas curvas, parecerán reflejarse las ansias de nuestro sistema nervioso maltratado y trepidante, ya se lance con arrebató histérico á la con-

quista, ya se distienda en el goce, ya se abata en el agotamiento y la desesperación. Nuestra hiperestesia y nuestra hiperspatia, caracteres típicos de la humanidad moderna, encuentran así en el nuevo estilo el elemento revelador.

Si á todo esto añadimos como última fuente de inspiración la resurrección de antiguos motivos y formas, especialmente del Oriente, de Egipto y de Asiria, tendremos que los temas del nuevo estilo son los siguientes: floreal-*liberty*, figurativos de la danza luminosa, armonías lineales sobre el motivo de la curva esquelética del bacinete y restauraciones históricas orientales.

El nuevo sistema en que han de ordenarse las almas de los individuos y de los pueblos, está ya delineado, y su formación tan avanzada, que se tiene ya la intuición de su tipo absoluto, paralelamente al cual ha surgido el nuevo estilo, cuyo esquema general está esbozado, sin que se tarde en encontrar su fórmula inmutable. En todo tiempo en que la genialidad, la voluntad y el imperio forjaron hombres y pueblos duros, que se imponen y no se dejan imponer, nunca faltó un estilo, y no puede faltar hoy, cuando al robustecimiento de la voluntad y á la restauración del imperio tienden todos los votos.

Una advertencia final: el nuevo estilo no está hecho para los débiles.

..

«Estetas de Ultra-Mancha» es el título de un interesante artículo publicado por G. S. Gargano en la *Rassegna internazionale* de Florencia.

Uno de los caracteres más generales de la moderna literatura es la vulgaridad. De ahí esas tentativas inspiradas en el simbolismo, el decadentismo y otros métodos afines ó paralelos para salir de esta situación. Oscar Wilde, en uno de sus escritos más paradójicos y vibrantes, la atribuye á la decadencia de la mentira como arte, como ciencia, como placer social. Si la mentira y la poesía son artes, la reproducción de la realidad, tal como se nos presenta á nuestros ojos, es uno de los procedimientos más fatales á toda artística manifestación. Emilio Zola ha escrito libros que son un error, desde el principio hasta el fin, defendiendo al arte, porque ¿qué interés tienen para nosotros las operaciones usuales y comunes? En literatura se requiere cierta distinción, cierta vaguedad y gran imaginación. «Los únicos personajes reales son los que no han existido, y si un novelista es tan bajo que busque sus personajes en la vida corriente, debería pretender por lo menos que fuesen creaciones suyas, y no albarse de ellos como meras copias.»

Estas palabras de Oscar Wilde contienen con toda su exageración una gran verdad, y la diferencia que hay entre Balzac y Zola es precisamente la que existe entre un realismo sin imaginación y una realidad imaginaria; por eso los personajes de Balzac viven siempre, mientras los de Zola no son ya más que débiles sombras. Shakspeare puso la vida á su servicio, pero creando nuevas razas de seres, cuyos dolores son más terribles, y cuyos goces son más agudos que todo goce y todo dolor de la vida real. Y lo que pasa en la novela y en el drama, pasa en las artes decorativas: la historia de estas artes, según

Wilde, se reduce á la lucha entre el orientalismo con su aversión á toda representación de objetos reales, y el occidentalismo con su espíritu imitativo.

La verdadera escuela del arte no es, pues, la vida, sino el arte, y esto no sólo es verdad para la poesía, sino para la historia misma, como puede verse en las obras de Herodoto, en las biografías de Suetonio, en la *Vida* de Benvenuto Cellini, en la *Vida de Johnson*, de Roswell, y en la *Revolución francesa*, de Carlyle. Tan firme es la convicción de Oscar Wilde, que no sólo no escucha el grito que de tantas partes se levanta reclamando como remedio supremo del arte su retorno á la Naturaleza, sino que afirma solemnemente que la vida y la Naturaleza misma no son sino el espejo, la imitación del arte; por eso los griegos ponían en las cámaras imperiales las estatuas más hermosas de sus dioses. La esencia de estas ideas suyas es schopenhaueriana, pero la forma que les da es personalísima: la Naturaleza no es para él la gran madre que todo lo ha engendrado, sino nuestra misma creación, y todas las cosas existen porque nosotros las vemos; todo lo que vemos, y el modo con que lo vemos, depende completamente del arte, á cuyo influjo estamos sometidos.

La estética de Oscar Wilde puede resumirse en estos principios fundamentales: el arte sólo expresa lo que él mismo es, con vida independiente y desarrollo libre; creación de su tiempo, suele estar en oposición con él. Todo mal arte procede del retorno á la vida y á la Naturaleza, elevadas á ideales sin serlo, pues para que el arte las utilice, necesitan ser transformadas en una convención artística. La vida imita al arte mucho más que el arte á la vida, y hasta la misma Naturaleza exterior imita al arte, y los solos efectos que muestra son los que ya hemos visto en la pintura y en la poesía.

Los jóvenes que han acogido estas ideas se han puesto á trabajar con ellas, y Oscar Wilde ve ya próximo otro renacimiento, afirmando que la sociedad está dispuesta á volver á su perdida guía, la fascinadora y elevada mentira.

Walter Pater, otro esteta y gran estilista inglés, contra cuyas *Apreciaciones* precisamente había escrito Oscar Wilde sus *Intenciones*, entiende que lo que constituye la excelencia del arte literario es el estilo, siendo indiferente la forma que éste revista: para él toda belleza consiste en perseguir la belleza de la verdad, ó sea de lo que llamamos expresión, que es el perfecto acuerdo de todo nuestro discurso con nuestra visión interior. En el fondo, como se ve, esta verdad de Pater está más cerca de la mentira de Wilde que de la verdad de la escuela naturalista, siendo tal concepción la razón de ser de la mayor parte de las obras y tendencias actuales.

La prosa es para Pater el arte particular de la sociedad moderna por la complejidad de intereses que hacen hoy importantes todas las manifestaciones intelectuales, siendo poco susceptible la mente de adaptarse á la forma del verso y por el naturalismo que todo lo invade; pero esta prosa es tan varia como la humanidad, y el artista que la trabaja debe ser un docto, suponiendo en su crítica interior que tiene ante sí lectores que le siguen con atentos ojos; sensible

á la atmósfera en que cada palabra encuentra su más alto grado de expresión, deberá resistir á los esfuerzos de la multitud por borrar toda distinción, toda gradación, eligiendo siempre la voz más adecuada, desdénando como Montegut el ponerse á predicar ante el primero que se le ponga delante, y afirmando con Schiller que el artista se reconoce principalmente por lo que omite; y así sucederá que los espíritus cultos considerarán su libro como un refugio en el que darán al olvido toda la vulgaridad que les circunda.

Hay además otra cualidad del estilo, el alma, que es la facultad de conducir el lenguaje á la misma disposición en que se halla su espíritu, con tal sutileza, que el resultado parece una inspiración. Querer, sin embargo, que el escritor atienda con su arte á que cada palabra se convierta en cierto modo en la cosa que significa, es preparar á la literatura una legión de mártires como Gustavo Flaubert, poseído de la idea fija de que no había más que un solo modo de expresar una cosa, una sola palabra para indicarla, un solo adjetivo para calificarla, un solo verbo para animarla; con tales ideas, la fatiga intelectual para hallar la palabra precisa era horrible, y cuando el esfuerzo era vano, las lágrimas acudían á sus ojos, arrojando desesperado la pluma.

Pater, asustado de las consecuencias á que podría llevar este rebusco de la expresión absoluta, modifica la teoría de Flaubert en el sentido de que la belleza absoluta del estilo consiste en la correspondencia de la palabra con la idea, cediendo así á las ideas moderadas y eclécticas de la crítica más sana.

Hermoso y valiente es el artículo que la ilustre Neera dedica en la *Nuova Antologia* al estudio del feminismo relacionado con el concepto que de la felicidad se han forjado las modernas escuelas materialistas.

ideal no es la sensación que en los iniciados produce una obra maestra ó un apetito satisfecho, sino una centella que partiendo de nuestra alma se lanza hacia las cosas y las ama.

En la época del Renacimiento vivía en una ciudad toscana una dama de ta-

les atractivos, que cuando salía de paseo galanamente ataviada, aquel pueblo poeta se entusiasmaba: hoy si una dama semejante apareciera en nuestras calles, arriesgaría ser insultada por su belleza, por su traje, ó por aquella superioridad que irrita los más bajos sentidos del hombre moderno, con su prosaico y materialista concepto de la felicidad.

Y no hay que achacarlo á la miseria, pues la miseria no es hoy mayor que entonces, sino á esa tendencia rabiosa á destruir todo lo que sobresale, á la envidia, en una palabra. Viendo—dice Neera—los carruajes del Corso, me decía un amigo: «Cuando veo á esos señores en coche me da rabia y quisiera estar en su puesto;» yo, lejos de eso, me deleitaba en su contemplación si el coche era

elegante y hermosos los caballos, como me complacía en ver los palacios, mientras mi amigo los maldecía por no tener uno él.

Así como en tiempo de peste hay eflorescencia de bubones, en estos tiempos de utópica manía igualitaria aparece la chifladura de la igualdad de los sexos, del feminismo. El feminismo es una palabra vacía de sentido en cuanto no se refiere á la maternidad, y sirve de bandera á las más disparatadas aspiraciones. Desde el artículo de fondo que quiere redimir á la mujer, hasta la cuarta plana de los periódicos, donde se ofrecen para



NORUEGA: Criadero de garzas en Finnmarken

Sobre la reciente tumba de Ruskin se ha dicho que la especie de religión por él fundada, más que religión de la Belleza, cuyo culto puede permanecer solitario, fue religión de la Armonía, que tiene mucho mayor alcance social. Así se restablece un poco de orden en el elevado concepto de la belleza, materializado ó empobrecido por una pléyade de sedientos estetas que quieren aprisionar la belleza en formas dadas, y hacer de ella el monopolio de unos cuantos privilegiados cuyos sentidos refinados y fríos debe acariciar, mientras que para Ruskin y para toda alma ardiente la belleza

ayas ó doncellas *señoras distinguidas*, la confusión de los atributos se ha hecho cosa corriente. No les basta á las señoras con ser bellas, inteligentes y buenas, ennobleciendo así la vida del hombre, sino que necesitan igualarse con éste ejerciendo sus mismas profesiones.

Lo cierto es que el feminismo no existe; existen cuestiones económicas y morales que interesan á ambos sexos; hablar de superioridad y de inferioridad á propósito de los sexos es un vaniloquio indigno de quienquiera que, plegando la frente bajo el peso maternal, se ha sentido rozado por las alas del misterio; y quien no ha sentido esto no comprende nada de la vida. La belleza, descendida de su altar de idea y perseguida por deseos de concupiscente como mujer de plazuela, queda infecunda. Es como si se despedazasen las estrellas para hacer faroles; las casas de los hombres no tendrían bastante luz y el cielo perdería su esplendor.

No es justo acusar á la mujer únicamente de enfermedad tan general. Los feministas atribuyen la resistencia que encuentran las ideas nuevas en muchas mujeres, á la educación autoritaria secular. Pero, en verdad, que de las mujeres, de las verdaderas, sencillas y santas mujeres debe partir el primer animoso grito de ¡basta!; una vez más ese grito mostrará que la mujer es la digna compañera del hombre, vigilando la urna del ideal depositada en sus manos.

El materialismo no es de temer mientras conserva su puesto entre la arcilla y el fango; lo tiene así quien lo quiere y cuando lo quiere. Los peligrosos son esos sentimientos cuyo origen materialista se oculta bajo apariencias idealistas, porque así arrastran fácilmente a quienes no quisieran ser arrastrados. ¿Y de qué espeso materialismo no está circuida la teoría socialista difundida en el pueblo? No, sin un gran ideal no se llega al corazón del pueblo. desde el mito de Orfeo, que cantando conmovía las piedras, hasta la propaganda del pobre cillo de Asís, el ardor del apóstol era el que suscitaba llamaradas de amor; la idealidad de una gran pasión era la que encendía en los más humildes y mezquinos la apagada centella de la belleza.

Uno de los más ilustres propagandistas no sabe encontrar en apoyo de su nuevo credo mejores argumentos que el contraste del salón elegante de un rico con la aparición en su dintel de un obrero, y con singular abundancia de colores escogía todos los rosados para el salón y todos los negros para el obrero. Si las personas de talento difunden así sentimientos tan superficiales y mezquinos, ¿qué extraño es que los demás los empuenqueñezcan más, aun hasta envilecerlos? En tanto furor de igualdad, ¿por qué se olvida que el único derecho de un hombre frente á otro es el de tener una grande alma? Si ese obrero, al entrar en la casa del rico, no sabe hacer más que enviar las doradas cornisas ó las blandas alfombras, sin encontrar en sí mismo ningún sentimiento de dignidad personal, preciso es declarar que es un pobre hombre, indigno de nuestro interés. Por fortuna, hay fuera de los libros obreros que sienten noblemente de sí mismos y no se consideran ni infelices ni humillados por tener manchada la camisa ó presentar callos en las manos.

Tratad de poseer la primera materia,

que el ánfora vendrá después, y si no viene, la virtud del aroma obrará siempre de algún modo. Al alma, al alma es á la que debe confiar su cura la mujer; esa es la enferma, la pobre, la amenazada. Y el alma no está en un diploma ni en un rollo de doblones. Si los hombres fuesen mejores que las mujeres, ¡oh!, entonces sí que debería hacerse lo posible por igualarlos; pero como son sencillamente diferentes, y en esa diferencia está la ley armónica de la naturaleza, que asigna á todo lo vital una particular función, á ninguna noble meta puede aspirar la mujer en la competencia.

Quédese la mujer en su puesto, desde el que ha hecho tanto bien á la humanidad y desde el que lo seguirá haciendo, resistiendo al espíritu vulgar que por todas partes la circunda y que la tienta con el disfraz de ángel libertador. La verdadera esclavitud de que debe librarse está en el concepto materialista de la felicidad: en creer que su ingenio produciría mejores frutos y mayores satisfacciones, que sería mas útil á sí misma y al hombre ganando dinero, sin comprender la delicadeza de su misión en la tierra, tan espléndida y maravillosa, que podrá, degenerando, ejercer las labores del hombre, pero olvidando el milagro que ejecuta en el silencio de su amor. En Bélgica, hombres y mujeres llevan ya esa misma vida de taller ó fábrica, percibiendo el mismo salario. ¿Y qué sucede? Que el hombre, privado de su responsabilidad de jefe de familia, y de su generoso papel de protector, se entrega más que nunca al alcoholismo; y la mujer, que no representa ya ninguna gentileza ideal, tiene que soportar todas las cargas y todos los vejámenes.

¡Oh! Momento inspirado para una nueva Juana de Arco, guerrera del ideal, que, ceñida de las virtudes femeniles, moviese á la novísima batalla, y contra ese pretendido feminismo, hecho de ambición y de materialidad, tremolase el verbo de amor, que es el secreto, el poder y la superioridad de su sexo. Y ¡ojalá fuese, no como Juana de Arco, virgen, sino mujer á quien la maternidad hubiera revelado la vía luminosa de la mujer á través de los siglos!

FERNANDO ARAUJO.

NUESTROS GRABADOS

Los últimos momentos de Mozart

Una página elocuente de la historia del arte musical, traducida al lienzo con expresión y sentimiento, es el cuadro que ha acentuado la reputación de Henry O'Neil.

Mozart, á quien se tiene como el genio creador en todos los géneros del divino arte, incorporase en el lecho, dicta, y escribe él mismo las últimas sublimes notas del *Requiem*, que compone por encargo y que, no llega á sospechar, se cantará por primera vez en sus propios funerales. Hé allí el momento escogido por el pintor: Mozart consumiéndose á los treinta y cinco años de edad; y con el último aliento de una vida que se va para siempre, la última nota de un acorde que inmortaliza esa vida en los dominios de la gloria.

Veinticinco años antes

Ilustra el grabado la página literaria que el inspirado poeta mexicano Puga y Acal dedica al celebrado escritor argentino Luis Beriso. Para los espíritus enamorados de lo bello, nada más grato que la presentación de la belleza realizada por la distinción.

Victoriano Sardou

Como se sabe, el maestro de Medan es im- placable con todo lo que no se ajuste incondicionalmente á la fórmula naturalista.

Su labor crítica adolece de ese gran defecto, que no le perdonan los espíritus selectos, por lo mismo que dicha labor acusa una potente facultad de análisis.

Si no fuese tan sistemática, su crítica constituiría para todas las formas literarias un amplio código de estética. Desgraciadamente Zola aprecia como delito artístico cuanto está fuera de su método y de sus dogmas. Contrayéndose á la obra dramática de Victoriano Sardou, traspasa la frontera de la severidad; y es irónico y soberbio cuando, de por fuerza, tiene que enumerar los grandes triunfos del insigne dramaturgo.

Oigamos al maestro de Medan:

«Sardou cuenta tras sí una larga serie de éxitos. *La familia Benoitou* ha promovido una revolución en París; después de *Rabagas* llegó á pronunciarse el nombre de Aristófanes. En el estreno de *Los Intimos* hubo señoras que, en su entusiasmo, rompieron sus asientos. *Patria* se puso al lado de *El Cid*. Es el hombre de sensación dos ó tres veces al año. Los periódicos del boulevard lo tutean cariñosamente..... Pero no tiene nuestra estima literaria.

«Sardou es oficial de la Legión de Honor. La Academia, que recibió á Scribe, lo acogió con lágrimas de gozo. Hélo ahí en medio de una apoteosis, á la mayor altura á que puede llegar un autor dramático. Todo lo tiene: fortuna, gloria, un público atiborrado de golosinas, una crítica idólatra..... Pero no tiene nuestra estima literaria.....»

La ironía y el estribillo no llegan á disminuir el renombre ni la popularidad del autor de *Patria*.

El 11 de mayo último la sociedad de autores dramáticos eligió Presidente á Sardou por unanimidad de votos.

Podría sospecharse que Zola dijera al leer la noticia:

—«Pero no tiene nuestra estima literaria.»

Lo que indudablemente no mortificará á Sardou, por lo acostumbrado que debe estar á oír el estribillo.

Fuente de Vesta

Las síntesis, cuando de reconstrucciones históricas se trata, ofrecen menos dificultades al pintor que al poeta y son casi siempre más expresivas en el primero que en el segundo.

La *Fuente de Vesta*, ilustración que aparece en las páginas del presente número, evoca un amplio horizonte de la antigua Roma, donde Vesta llegó á ser una de las principales divinidades llamadas «Penates», pues presidía al hogar doméstico, al fuego interno de la tierra y á la tierra misma. Numa le elevó un templo entre los montes Capitolino y Palatino, donde las Vestales mantenían el fuego perpetuo; y en el portal de cada casa se encendía el fuego sagrado en su honor, hecho del cual se deriva la palabra «vestíbulo.»

Roma antigua representa á Vesta bajo la forma de una matrona noble y bella, con un cetro en la mano y un bracero al lado.

¡Habla!

Decía Goethe:—«Detestaba á Schiller porque su ingenio vigoroso, aunque inmaduro, había desencadenado al través de la Germania, como torrente impetuoso, todas las paradojas morales y dramáticas de que me era forzoso purificar mi inteligencia. El ruido que sus obras habían producido en el país, el buen éxito que sus extrañas producciones habían obtenido en todas partes, en la dama de corte de gusto delicado como en el rudo estudiante,—todo eso me espantaba. Creía ver mis esfuerzos absolutamente perdidos: los asuntos que me preparaba á tratar parecíanme que se habían hecho imposibles; la orientación dada á mi espíritu, mi nuevo sér, en una palabra, se

sentía como atacado de parálisis..... Era imposible pensar en un acuerdo entre Schiller y yo. Tampoco la cortés intervención de Dalberg tuvo resultado: las razones que oponía á cuantos querían acercarnos no se confutaban fácilmente. Ninguno podía negar que entre nuestras personas, intelectualmente antípodas, la distancia era más grande que el diámetro de la tierra.»

Y Schiller, por su parte, pensaba así: —«Sería infeliz si tuviese que encontrarme con frecuencia con Goethe: nunca tiene un momento de expansión, ni siquiera con los íntimos; creo en verdad que es un egoísta de primer orden. Tiene la facultad de encadenar á los hombres, sabe atraérselos con toda clase de atenciones, pero sabe también mantener entera su propia libertad. Su existencia es una continua sucesión de obras benéficas, pero sin entregarse, como un Dios. Este modo de proceder me parece muy coherente, muy adaptado á su plan de vida, calculado á la perfección para las supremas alegrías del amor propio. Los hombres no deberían permitir que tal sér se acercase mucho á ellos. Por lo que respecta á mí, declaro que lo detesto.....»

Sin embargo, estos dos hombres llegaron á amarse fraternalmente. Un incidente casual, la discusión de un punto científico en el cual estaban de acuerdo, los unió para siempre. Trabajaron juntos y juntos publicaban sus obras. El año de 1797 se conoce en la literatura alemana con el nombre del «año de las baladas», debido al apreciable número que entonces publicaron Goethe y Schiller en el «Almanaque de las Musas». Allí publicó Goethe por primera vez «La novia de Corinto», en cuya balada se inspiró el artista para traducir en el lienzo la escena dramática que aparece en la presente edición.

La Fuente

Nació y se cristalizó el símbolo en la fantasía del artista, como nace y espande el manto entre las rocas: blanco, atrayente, puro y espontáneo.

¡Oh, símbolo! Tu desnudez femínea es casta y tu cetro, arbusto floreado, es eterno como la naturaleza y el arte.

Venta de la esclava

No es el respeto inspirado por un precepto particular del Evangelio, dice Robertson, sino el espíritu general de la religión cristiana, quien, más poderoso que todas las leyes escritas, ha desterrado la esclavitud de la tierra. Los sentimientos que dictaba el cristianismo eran benévolos, afectuosos y dulces; sus preceptos daban á la naturaleza humana tal dignidad, tal esplendor, que la arrancaron de la esclavitud deshonrosa en que estaba sumida.

Gregorio el Grande escribía: «Como nuestro Redentor ha tomado nuestra carne á fin de librarnos de la esclavitud del pecado, así nosotros debemos volver á la libertad á los que han sido privados de ella por la ley de las naciones.»

San Exupero, Obispo de Tolosa, vendía los vasos sagrados para rescatar esclavos; y agrega la historia que San Paulino se vendía á sí mismo para lograr igual fin.

De Esmaragdo, abad de San Mihiel, son estas bellas frases:

«Entre los preceptos saludables y las obras útiles, es necesario colocar la manumisión de los esclavos. No es la naturaleza quien los ha sometido á nosotros, sino la desgracia, pues, para la naturaleza, todos somos iguales.»

La esclavitud, arrojada del mundo cristiano, subsistió entre los musulmanes. Los turcos conservan aún esclavos negros y blancos, pero, según observación comprobada, la suerte de éstos no es la suerte penosa que sufrían los antiguos.

Más que la de los hombres, la venta de la mujer ha causado siempre mayor indignación

en las almas cristianas. El cuadro de Fred Vezin despierta justos sentimientos de rebelión contra la infame trata de seres humanos. Compréndese que el artista ha poetizado el asunto para hacer más enérgica la tendencia de su obra.

Una visita al nene

El cuadro de Ferrandiz, además de poseer el mérito que estriba en la naturalidad expresada sin esfuerzo, posee la virtud de conducir el espíritu camino de los amables recuerdos familiares, debido al asunto doméstico que en dicho cuadro desarrolla.

Hipnotizada

No está refinado el arte con la ciencia. En nuestros días van de la mano; y con igual calor se encaminan á un fin noble y generoso: el de mejorar y embellecer la existencia.

Falkenberg, en su lienzo, ha arrancado á la ciencia una grave página de arte.

«Luz que cura»

La demostración gráfica tiende á precisar las teorías que informan el artículo científico con el título de «Luz que cura» hemos traído á las columnas del presente número.

La barra

En el extremo de la costa, la torre de piedra, en cuya altura brilla la luz que guía á los navegantes, luz que en noche de tormenta pareció al poeta como el ojo

de un titán que en las sombras parpadea;

y en torno, sobre la mar alborotada, empujadas por la brisa, las navecillas de velas blancas, cortando con su prora el dorso encrespado de las olas.

Así, como esas blancas navecillas, van sobre el mar tempestuoso de la vida la esperanza, la ilusión y el ensueño. ¡Pero ¡ay! si el faro de la fese apaga! El alma entonces naufragaría en el abismo tormentoso de la duda, como, apagada la luz de la torre de la costa, iría la navecilla á chocar contra las rocas ó á hundirse en el seno profundo de la mar.

Trinidad

Las dos nuevas vistas que del Jardín de Aclimatación de Puerto España aparecen en el presente número, representan diversos ejemplares de la familia de las palmeras, planta que concurre no sólo á sombrear sino á embellecer varios sitios del jardín, debido á la artística colocación que allí tiene.

Suecia y Noruega

A la primera corresponde la *Gran Casca de Storlieu*, y á la segunda el *Criadero de garzas* en Finnmarken, ilustraciones que reflejan sendos aspectos de una naturaleza hermosamente extraña, donde la eternidad de los hielos elabora misteriosos elementos de vida, que sólo aguardan para exteriorizarse el ósculo del sol, infrecuente y remoto casi todo el año y vibrante y alegre en los dorados mediodías de julio.

Muerte del General Moulin

CUADRO DE JULFS BENORT-LEVY

En el siglo XVI la pintura deja de referirse exclusivamente á las hazañas de los príncipes guerreros y, valerosa y osada, se pone de parte de las víctimas del desastre: la conciencia humana se rebela, protesta y tiene raptos de sublime indignación. Representan ese momento de la historia del arte los célebres grabados de Callot, —*Las miserias y las desgracias de la guerra*,— los de Tortorel y Perrissin, los 416 cuadros del *Leo Belgicus* del grabador flamenco Hogenberg y los de otros muchos que supieron valerse de la oportunidad para expresar vivamente

su odio contra la guerra, representando sus horrores.

En el siglo XVII la pintura oficial recurre á una curiosa hipocresía y oculta al espectador las crueles escenas de terror y de muerte, colocando en primer término, en todos los cuadros de guerra, un grupo enorme de generales ó de príncipes á caballo, cuyos deslumbrantes uniformes cubren los horrores y los estragos apenas señalados en el fondo. Es un hábil recurso imaginado por Van der Meulen, prudente disimulador de cadáveres. Este hipócrita sistema dura hasta los comienzos del primer Imperio.

Después los artistas vuelven á mostrar la guerra en todo su realismo; y el insigne Goya, espectador indignado de la espantosa carnicería que ensangrentó el suelo español, bajo la dominación napoleónica, pinta la serie incomparable de las *Miserias de la guerra*. Los dibujantes militares de la Restauración, Charlet, Raffet, Bellangé, así como los pintores militares del siglo pasado, Iyon, Vernet y otros, tratan ciertamente de idealizar y de poetizar la guerra; pero aquí y allá nos presentan escenas de terror ó de piedad que compiten con los grabados del siglo XVI.

Finalmente, una era nueva se abre con Verestschagin, el gran artista ruso, autor de la *Apoteosis de la guerra*—una pirámide de cráneos—y de la grandiosa serie de cuadros en los cuales está representado con terrible intensidad el drama de la campaña de Napoleón en Rusia y que tienen un excelente comentario en el volumen «Napoleón I en Rusia» del mismo autor.

El ejemplo de Verestschagin ha formado escuela, y actualmente encontramos en varios países muchos pintores y dibujantes que con sus obras tratan de hacer odiar la guerra y de rehabilitar el trabajo pacífico y modesto. Hasta el académico Gérôme expuso no ha mucho en el «Salón de los Salones» una estatua ecuestre del conquistador tártaro Tamerlán que, si bien pequeña, hace parar los pelos de punta, no sólo por la montaña de cráneos entre los cuales está plantado el caballo, que parece que anhela y olfatea la sangre, sino sobre todo por la expresión siniestra del rostro del fiero caballero de la muerte.

El cuadro de Benort-Levy, que ofrecemos en la presente edición, no se ajusta á las tendencias del célebre pintor ruso, pero puede colocarse al lado de los famosos lienzos de Horacio Vernet, el glorioso autor del «Degüello de los Mamelucos.»

SUETOS EDITORIALES

BIENVENIDA

Ha regresado á la Patria nuestro colaborador y amigo muy distinguido, señor Manuel Díaz Rodríguez, cuyos viajes á Europa representan para la bibliografía nacional las más valiosas adquisiciones. Su primer libro—*Sensaciones de viaje*—nos vino de París; *Idolos Rotos*, su último libro, también atravesó el Atlántico; y cada uno de ellos, al llegar á la tierra de su autor, ha sido para éste un verdadero triunfo, como para la literatura hispano-americana una expresiva manifestación de amplia suficiencia mental, acostumbrada á la exploración psíquica y á sorprender arcanos en la zona irreductible del arte. Compruébanlo, además, *Confidencias de Psiquis*—*De mis romerías*—y *Cuentos de Color*—que salieron no ha mucho de nuestras prensas á vivir la vida del aplauso entusiasta y merecido.

Presentamos al amigo y al colaborador nuestra más cordial bienvenida.

ESTUDIO

En el presente número reanuda nuestro colaborador científico doctor Elías Toro, la publicación del interesante estudio acerca de la región inexplorada donde ya se comenzó a fijar oficialmente la línea divisoria entre nuestro territorio y el de la Guayana Inglesa.

De nuevo recomendamos ese estudio, pues constituye una labor inteligente y patriótica.

SALUDO

Al saludar á nuestro apreciable amigo señor doctor Mortimer Ricardo, por su feliz regreso de Europa, á donde lo llevaron atenciones de padre excelente, hacemos votos porque los aires benignos de la Patria devuelvan la salud á su amada hija Consuelo.

¡Quiéralo así la Providencia!

PAGINA CLASICA

Fray Diego González, del siglo XVIII, cultivó siempre la poesía. La crítica encarece su estilo y, refiriéndose á determinadas composiciones, proclámalo uno de los mejores imitadores de Fray Luis de León. Entre sus obras de mayor mérito cuéntanse un poema didáctico, *Salmos y Eglogas*, *Las Edades* y *El Murciélago alevoso*. De esta última, que reproducimos en la sección respectiva, hace grandes elogios el eminente retórico José Coll y Vehí. Dice que ni el mismo autor de la *Gatomaquia* ha retratado al gato, con todos sus movimientos naturales, como Fray Diego González en su «chistosísima invectiva».

NUEVO COLEGA

Nos ha honrado la visita del *Boletín de Agricultura y Cría*, publicación que, dirigida por nuestro ilustrado colaborador, doctor Francisco de Paula Alamo, viene á abogar noble y oportunamente por las industrias madres del país.

El colega es organo del Consejo Superior de Agricultura.

PESAME

Al consagrar un sentido recuerdo á la memoria del laborioso y probo ciudadano señor Francisco Garbán, enviamos la expresión de nuestra pena á sus apreciables deudos y en especial á su hermano, nuestro amigo el cristiano poeta señor Domingo Garbán.

DUELO

El ocho de los corrientes constituye una triste efemérides para la sociedad caraqueña, pues ese día dejó de existir la señora *Mercedes Espino de Soublotte* quien fue esposa excelente y madre de familia ejemplar.

Por tan sensible pérdida presentamos nuestro sentido pésame al esposo, y á los demás deudos de la finada.

MARIA TERESA

El estimable caballero señor G. Valentiner ha sido herido en lo más íntimo de su corazón de padre: la muerte traspasó el dintel del virtuoso hogar, holló con su planta el santuario de los afectos, y de allí arrebató, con la impiedad de las fuerzas incognoscibles, al sér amado, á la hija querida, ángel de alas niveas, cuyos besos eran promesa de ventura perdurable.

Fue, empero, cruel el destino; el ángel de niveas alas se alejó sobre un rayo de luz á la región de su origen; y su ausencia creó en el santuario de los afectos la noche del dolor.

Derrame el cielo claridades en el alma de los padres de *María Teresa*; mientras sobre la tumba de ésta grabamos el verso del poeta:

«Flores sobre esa flor».

ZENOBIA MONAGAS DE CEBALLOS

Duerma el sueño de los justos la honorable matrona; honrada sea siempre su grata memoria por los afectos que inspiró; y reciba su apreciable familia la sentida expresión de nuestro pésame.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Anales de la Universidad Central de Venezuela. Año II, Tomo II, número 1. Enero á marzo de 1901.

Discurso de orden, pronunciado por el señor Angel Carnevali Monreal, en la velada que la Sociedad «Honor á Pérez Bonalde» celebró en La Victoria el 21 de abril de 1901.

Mensaje que el doctor Gerónimo Maldonado, h., Presidente Provisional del Estado Carabobo, presenta á la Asamble Constituyente del Estado, en el año de 1901.—Valencia.

Tesis presentada por el Bachiller Manuel Leoncio Rodríguez para optar el título de Doctor en Ciencias Políticas.—Valencia.

Oda: El 23 de mayo, por el señor Salvador González Pérez.

Damos las gracias á los señores remitentes.

CIENCIA AMENA

BAÑOS EN LODO

SUS PRODIGIOS

Repugna pensarlo, pero es lo cierto que los baños en barro son quizás de los que más clientela tienen, por lo mismo que producen resultados maravillosos.

En Carlsbad, en Marienbad, en Franzensbad, en Dax, establecimientos todos cuya fama es universal, los baños que se toman son en barro, ó hablando con más propiedad en cieno. Y la concurrencia de bañistas no es escasa ni mucho menos: ya la quisieran para sí algunos de nuestros balnearios más acreditados.

A Carlsbad van durante la temporada del 19 de mayo al 30 de septiembre, 47.000 bañistas, entre los cuales suelen figurar algunas personas regias. El número de médicos que viven y prosperan allí es de 117, de modo que hay donde escoger.

En Europa los baños en lodo abundan. Los hay desde Suecia donde existe uno acreditadísimo, el de Stromstad, hasta las márgenes del Mar Negro, en las Landas, al mediodía de Francia, y en Saint-Amand les-Eaux, en el Norte del mismo país, en el Piamonte y en Venecia y otras partes de Italia, en Hungría, en Polonia, y sobre todo en Alemania y en Austria.

No son modernos, ni mucho menos. Plinio aconsejaba el uso de plantas marinas y de musgo impregnado de agua mineral para aplicárselo sobre la piel y curar con ellos la gota y la hinchazón de los tobillos. Galeno describió y recomendó el mismo tratamiento que ya había visto aplicar en Alejandria. En el siglo XIV Giacomo de Dondis, sabio italiano, aconsejaba el uso de los sedimentos depositados por las fuentes minerales, diciendo que se debía untar con él las partes doloridas y dejar luego secar la piel al sol.

No se emplean de otro modo hoy día los cie-



Al soltar la ducha

nos de las fuentes termales de que venimos hablando.

En Franzensbad hay una gran extensión de terreno donde hasta tres pies de profundidad el suelo se compone de una masa esponjosa de raíces y tallos descompuestos y mezclados con cieno y todo ello saturado con el agua de las fuentes minerales que burbujean sobre la superficie y tñen la tierra con colores brillantes. Se saca en otoño este cieno y se le pone en montones hasta la primavera, quedando expuesto á la poderosa oxidación producida por la atmósfera durante los meses de invierno. Después de acabar de pudrirse de este modo, parece un cieno oscuro con fuerte olor bituminoso y gusto á tinta. Cuando se la quiere usar se muele esta tierra hasta convertirla en polvo fino, y después se la mezcla cuidadosamente con aguas minerales cargadas de ácido carbónico, hasta que se consigue un barro de la consistencia debida. En ese barro es donde se sumergen los bañistas, y el resultado es altamente beneficioso para el sistema nervioso y para la circulación de la sangre en general, amén de producir la resolución y la absorción de los productos de la inflamación.

De Franzensbad llevan el cieno á Carlsbad, donde intensifican su acción mezclándolo con el agua mineral de la famosa fuente Sprudel.

Los baños de Carlsbad eran tan fuertes en el siglo XVI que se les llamaba «comedores de la piel». Hoy día los médicos cuidan de templar la fuerza del cieno y del agua de modo que no llegue hasta el punto de comerse la piel, pero sí les dejan la bastante fuerza para que ejerzan efectos sumamente vigorosos y estimulantes en los capilares y en la circulación de la sangre.

Una de las enfermedades para las cuales se aplica con mucha frecuencia el tratamiento de estos baños de lodo, lo mismo en los Spas alemanes y austriacos que en los del resto del mundo, es la obesidad, porque está probado que hacen disminuir muchísimo el peso y volumen de las personas; lo notable es que si algún individuo que no tiene muchas carnes que perder toma los baños seducido por lo agradables que son, suele engordar considerablemente, en vez de adelgazar.

La sensación al meterse en el baño es en extremo agradable. Una vez logrado dominar la repugnancia que causa meterse en lodo todo el cuerpo y mancharse hasta el punto de parecer estar metido en tinta, todo es agradable: la sensación de calor es tanto más grata, cuanto que estos baños, al contrario de lo que sucede con los ordinarios, no roban calórico alguno



Baños de lodo de St. Amand



Baño del brazo

al cuerpo; diríase que el lodo acaricia la piel del modo más suave que puede imaginarse, y á medida que pasa el tiempo la sensación es más agradable. Los baños suelen durar de media hora á cinco horas, sobre todo en los que, como los de St-Amand, sirven para curar el reuma crónico, la parálisis y la ataxia locomotriz en sus primeros periodos, ciertas enfermedades de la piel y toda afección nerviosa. La inmersión es parcial en los primeros días y va aumentando hasta alcanzar á todo el cuerpo, menos la cabeza, y van siendo cada vez de más duración, á medida que se avanza en el tratamiento. Lo mismo lo resisten los enfermos de sesenta años que los niños.

Los baños son pilas llenas de cieno, el cual se va renovando para conservar constantemente la misma temperatura, pues el agua con que se mezcla el barro es termal y bastante caliente. Cubre la pila una especie de tablado con una abertura por la cual saca los brazos y parte del tronco el bañista. Sobre el tablado se ponen alimentos, libros, entretenimientos, con objeto de que el enfermo no se aburra en tan largo período de tiempo. Los cuartos donde

están las pilas se hallan separados por cortinas, que generalmente se descorren á petición de los bañistas para que puedan estar en sociedad. El grabado que va en esta página es fotografía de una de las salas de baños de St-Amand.

En algunos establecimientos, como el de Stromstad, se da primero al enfermo una larga ducha de agua caliente; después se le cubre el cuerpo con lodo también caliente, que se le frota sobre la piel casi como si se le practicara un masaje y además se le cepilla para meterle bien el cieno por los poros; luego se le aplica otra capa de cieno y continúa la fricción fijándose principalmente en las partes doloridas. Otra ducha de agua más caliente que la primera y que el barro sirve para limpiar el cuerpo. Terminada la segunda ducha, el bañista se sumerge en agua mineral y se le frota bien con plantas marinas, después de lo cual toma una tercera ducha para enjuagarse.

En los otros establecimientos, después del baño de cieno, se dan varias duchas y al bañista se le lava perfectamente para quitarle el cieno, después de lo cual se le manda que descanse durante media hora por lo menos.

SECCION RECREATIVA

Caballitos del diablo y mosquitos

Sabido es que entre los mosquitos se ha reconocido que es el llamado *anopheles* el que sirve de agente para la infección del paludismo, y que al picarnos nos inocular esa clase de fiebre.

Ahora se ha comprobado que entre las libélulas ó caballitos del diablo hay también una especie que, según experimentos, es un gran consumidor de anopheles.

Los caballitos del diablo figuran entre los insectos carnívoros más furiosos; cada individuo de la especie de que hablamos consume en el espacio de siete horas, que han abarcado los experimentos, nada menos que 400 mosquitos. Por lo general vuelan por parejas, de modo que cada pareja de libélulas de esta especie consume en dichas siete horas 800 mosquitos.

Así es que se ha observado que donde abundan estos caballitos del diablo son raros los anopheles.

No cabe duda de que uno de los mejores medios de sanear un país invadido por las fiebres palúdicas, no es el de destruir los mosquitos por medio del petróleo, sino el de introducir en él y favorecer la multiplicación de los caballitos del diablo anophelephagos.

¿Necesitan todos los animales beber agua?

Hay muchos animales que no beben nunca, porque absorben suficiente cantidad de humedad por los tejidos del cuerpo ó extraen del aire ó de los alimentos que comen la que necesitan.

Mr. Blantord, en un libro que escribió sobre Abisinia, dice que la gacela de Benett no bebe jamás.

Darwin afirma también en sus «Viajes de un naturalista», que las llamas salvajes de Patagonia no beben agua á menos que sea salada, pues en muchas localidades no la hay dulce.

Otro animal que tampoco bebe, es el perezo.

Se cuenta que en los jardines zoológicos de Londres vivió durante 52 años una cotorra sin probar ni una sola gota de agua, y también se dice que los conejos, en estado salvaje, nunca beben. Mr. Wood explicaba esto diciendo que dichos animales comen la hierba cuando está muy cargada de rocío; de este modo beben al mismo tiempo que comen.

Las ovejas cuando se alimentan con nabos, beben muy poca agua.

La verdadera isla de Monte-Cristo

La isla de Monte-Cristo no fue una ficción de Alejandro Dumas. Existe real y verdaderamente, y acaba de ser comprada por el nuevo rey de Italia, Víctor Manuel III, con objeto de construir en ella un retiro á donde poder ir á descansar, cuando él y su joven y bella esposa quieran alejarse del mundo y estar solos, sin ministros, cortesanos ni curiosos que los rodeen.

Es muy pequeña, á pesar de lo cual tiene un monte en forma de pico que se eleva á 2.090 pies sobre el nivel del mar. Las olas baten aquel pico, y sólo se puede abordar á la isla en buen tiempo y en lanchas pequeñas. No hay puerto ni ensenada. Pertenece

al reino de Italia y está enclavada á unas 27 millas al sur de la isla de Elba, donde Napoleón estuvo prisionero y haciendo de rey durante menos de un año, en 1814.

En la isla no hay terreno cultivable, pero desde hace muchas generaciones viven allí porción de cabras salvajes y gran número de perdices.

El rey Víctor Manuel piensa convertirla en un cazadero, y la única construcción que levantará en él será una casa rústica donde él pueda albergarse cuando vaya con su esposa, que es una gran cazadora. Tan entusiasta es ella por los deportes cinegéticos, que el año pasado hizo una expedición á Spitzberga y pasó una temporada en aquellas heladas regiones con objeto de poder cazar renos y aves árticas.

La gruta magnífica, donde estaba encerrado el inmenso tesoro que encontró Edmundo Dantés, no ha aparecido. Las grutas y cavernas abundan en la isla, pero ninguna de ellas tiene las dimensiones necesarias para responder á la descripción que Alejandro Dumas hizo de la que después de guardar el tesoro, sirvió de vivienda suntuosa á Monte-Cristo.

En las cuevas existentes se refugiaron más de una vez los piratas que asolaban el Mediterráneo, y en ellas celebraron multitud de orgías, y es probable que en la isla enterrase más de uno el rico tesoro, producto de sus presas. Desde luego se sabe que la isla Monte-Cristo fue un refugio favorito de los piratas berberiscos. A ella llevaban con mucha frecuencia sus cautivos cristianos, hasta tanto que obtenían rescate para ellos.

¿Son los sordo-mudos insensibles á la música?

Imposible es que una persona atacada de sordera pueda disfrutar de la música lo mismo que una persona que esté dotada de sus cinco sentidos; pero indudablemente las vibraciones del aire afectan en mayor ó menor grado á las personas sordas. La música y el sonido no son otra cosa que vibraciones de la atmósfera.

Acerca de esto, dice Hartmann que un discípulo de una de las instituciones berlinesas de sordo-mudos llegó á aprender unas canciones alemanas que cantaba, no muy bien como es de suponer, pero, aunque la articulación era defectuosa, el sonido se podía reconocer. En otra de estas instituciones una muchacha sorda recibió lecciones de música durante varios años y consiguió aprender á tocar piezas, no solamente con el papel delante, sino de memoria.

En Viena se ha tratado de enseñar á los sordo-mudos la música por medio de un piano, y el resultado ha sido bastante satisfactorio. Algunos de los alumnos han conseguido tocar piezas cortas y fáciles, y no cabe duda alguna de que gran número de sordo-mudos, no solamente son sensibles á los sonidos de la música, sino que llegan á ser verdaderos aficionados.

Nueva cola para porcelana

Con una mezcla de cloruro y de óxido de zinc, se obtiene una pasta blanca que sirve perfectamente para unir el vidrio y la porcelana.

“Que haya un cadáver más qué importa al mundo”

Tal parece ser el lema de los que falsifican los medicamentos que gozan de merecida fama.

Debemos advertir que la legítima Emulsión de Scott lleva por marca un «hombre con un bacalao á cuestas», y que debe rechazarse como una grosera imitación ó como falsificación fraudulenta todo frasco que carezca de dicho requisito.

La «Emulsión de Scott» es la única recetada por los facultativos de todo el orbe.

San Cristóbal, Venezuela, enero 27 de 1894.

Señores Scott y Bowne.

Tengo el gusto de certificar que durante mi larga práctica médica he usado siempre con buen éxito la «Emulsión de Scott», pues aun en casos en que, por lo avanzado, las dolencias no han podido ser curadas, los pacientes han sentido indiscutible alivio y como un obsequio á la verdad firmo la presente certificación.

DOCTOR ARÍSTIDES GARBIRAS.

Gente que come veneno

Mitridates toman- do veneno á diario para acostumbrarse y evitar que pudie- ran envenenarle sus enemigos, tiene multitud de imita- dores entre los pas- tores de Estiria.

No temen éstos lo mismo que Mitridates, pero creen firmemente que el arsénico que toman en cantidades verdaderamente grandes les sirve mucho para ensancharles y robuste- cerles los pulmones y hacer que no se cansen cuando tienen que subir á la carrera las agrias pendientes de sus montañas persiguiendo á las cabras monteses.

Hace algunos años el doctor Knapp llevó á dos pastores de esos al Congreso de médicos reunido en Gratz: uno comió cuatro decigra- mos de arsénico blanco, dosis que hubiera bas- tado para matar á dos hombres, y lo hizo delante de la asamblea sin sufrir síntoma al- guno de molestia; el otro se tomó dos decigra- mos y medio de arsénico amarillo con igual impunidad.

Explicaron los pastores su costumbre de con- sumir arsénico, diciendo que al ver los efec- tos magníficos que esta sustancia producía en la lana de sus ovejas, creyeron que tomán- dolo también con moderación podría benefi- ciarles á ellos.

El hecho es que la costumbre se ha gene- ralizado entre todos los pastores de la región. Principian tomando cada semana una dosis pe- queña de arsénico, que extienden con mante- ca sobre una rebanada de pan. Al principio sienten mareos y dolores como si se les que- mara el estómago, pero poco á poco desa- parecen aquellos síntomas, y el individuo aca- ba por desear y necesitar el arsénico lo mis- mo que un morfínmano su inyección.

Es más, cuando algún individuo acostumbrado á tomar arsénico quiere dejar la costumbre, los resultados son fatales.

Las mujeres de la comarca también comen aquel veneno y son famosas por su tez y por sus cabelleras magníficas.

Alimentación de los Niños y Enfermos



Racahout —
— de los Arabes
DELANGRENIER
70 años de buen éxito

LOS
Hombres Débiles
SE VUELVEN
FUERTES
Y ADQUIEREN NUEVA VIDA
con el uso de
esta medicina natural.
LA ELECTRICIDAD

Si Ud. toma medicinas que le son desagradables al paladar, use **LA ELECTRICIDAD** que, lejos de proporcionar tal disgusto, le curará prontamente por ser el

GRAN REMEDIO DE DIOS

El precio de un Cinturón de fuerza doble, "EL GENUINO," \$ 1.00 por correo pago.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio las **ENFERMEDADES DEL PECHO**
más eficaz las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**
para curar las **BRONQUITIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 94, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Goma con glicerina

Un poco de glicerina adicionada á las solu- ciones de goma destinada á pegar etiquetas, evita el arrollamiento del papel. — (*Revue Chimie*).

Ricos y Pobres

Príncipes y aldeanos, millonarios y jornaleros atestiguan la inmensa repu- tación de las Píldoras del Dr. Ayer. Las autoridades médicas recomiendan estas píldoras para los

Desarreglos del hígado, del estó- mago, estreñimiento de vientre, exceso de bilis, dolores de ca- beza é igualmente para el reu- matismo, la ictericia y la neu- ralgia.

Están cubiertas con una capa de azúcar; obran con prontitud, pero de una manera suave y son por lo tanto el mejor remedio casero.

Las Píldoras del Dr. Ayer

constituyen el mejor catártico para corregir las irregularidades del estó- mago y de los intestinos. Con operar suavemente nada dejan que desear en sus efectos y curan la constipacion, despiertan el apetito, estimulan los órganos digestivos y refuerzan el sis- tema.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

¿POR QUE la electricidad purifica la SANGRE?

PORQUE destruye los gérmenes dañinos que en ella se acumulan.



El año pasado se vendieron más de 500.000 CINTU- RONES ELECTRICOS.

Somos los más grandes fabricantes de estos CINTURONES en el mundo.

Si usted no confía de nosotros, pague á este periódico y mán- denos el recibo.

Dirección: "The E. C. White Co.," 136 Liberty Str., New York

Para perforar el vidrio

En el sitio donde se desee efectuar el agu- jero se aplica un pedazo de arcilla ó de ma- cilla de vidrieros bordeando el diámetro que se desee perforar. Una vez seca, llénese de una pequeña cantidad de plomo fundido. Cuando éste se ha solidificado basta un lige- ro golpe seco, para que se desprenda un pedazo de vidrio del diámetro del plomo.

Propiedades Especiales.

La Emulsión de Scott, como ingeniosa combi- nación de aceite purísimo de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, levanta la resisten- cia orgánica, contribuye al aumento de las fuerzas físicas, vigorizando ner- vios y músculos, regula- riza la digestión y esti- mula el apetito. Además combate los venenos que vician la sangre ó pro- mueve su pronta elimi- nación, y goza de *propie- dades especiales* y seguras contra las múltiples afec- ciones del aparato respi- ratorio.

Un sabor agradable y un aprovechamiento facil y completo realzan sus méritos terapéuticos. Su

absoluta eficacia

contra la anemia, tisis, raquitis, enfermedades nerviosas, del pecho y pulmones, alteraciones de la sangre, denticiones difíciles y crecimiento rapido, le han conquis- tado fama universal.

La humanidad no ha podido menos de encon- trar en tan benéficos atri- butos el secreto de la vida.

Todas las zonas y lati- tudes cuentan ahora por millares las existencias que *merced á ella* han sido heroicamente arre- batadas de los brazos de la muerte.

Rehúsenle las llamadas "tan bue- nas" ó "más baratas" que la de Scott.

De venta en todas partes.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



"LA FELTZINA"

Elixir reconocido como remedio infalible para combatir el Paludismo. Supera a la quinina en el tratamiento de las fiebres.

Depósito: En el almacén LA TENTACION y de venta casa de Braun & Ca. y en las principales farmacias. Único agente en Venezuela y Colombia:

Juan García Gómez

Procedimientos para blanquear los sombreros de paja

Hé aquí los procedimientos que dan mejores resultados para limpiar y blanquear los sombreros de paja:

Ante todo debe desgrasarse la paja recurriendo al alcohol, éter, bencina ó éter de petróleo, aunque las sustancias más generalizadas entre los industriales son el amoníaco líquido ó bien soluciones alcalinas, que aplican sobre el tejido de paja frotando suavemente por medio de un cepillo. Luego lo lavan con un poco de agua y le pasan seguidamente una solución de ácido oxálico que algunos sustituyen por la sal de acederas. Se lava nuevamente al agua pura y se deja secar, para encerrarlo luego en una caja ó pequeño departamento bajo la acción del ácido sulfuroso, que obtienen quemando en su interior un poco de azufre.

Otro procedimiento consiste en frotar el sombrero con la solución de sal de acederas y luego pasarle una solución de cloruro de cal.

Los hiposulfitos se emplean también á menu-

do con buenos resultados. Para ello, después de aplicar la sal de acederas y convenientemente lavado, se pasa con una esponja una solución concentrada de hiposulfito de sosa. Al cabo de un minuto se le frota un buen rato por medio de un cepillo humedecido con una solución débil de ácido clorhídrico (agua y sal fumante al 4 p 8), lavándolo por fin en agua clara.

Este último procedimiento da muy buenos resultados.

Varia

Los barberos de Suecia gastan jofainas en las cuales puede lavarse la cara sin necesidad de que la toque las manos de nadie. En el fondo de ellas hay un resorte y al tocarle salta un manantial de agua que limpia perfectamente la cara y se lleva todo el jabón.

LA VELOUTINE Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto
HIGIÉNICO, ADHERENTE, INVISIBLE
MEDALLA DE ORO, Exposición Universal PARIS 1900
CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris
 (Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia del 8 de Mayo de 1875).
FÁBRICA ESPECIAL DE AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO
CREMA VELOUTINE, nuevo Coldcream.
CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ
ROJO y BLANCO en chapetas.
 Los Productos de CH. FAY se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

Contra las
ENFERMEDADES NERVIOSAS
VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.
 no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL DR CLIN
 al Bromuro de Alcanfor
CLIN & COMAR — PARIS
 y en las Farmacias 636

GARGANTA
VOZ y BOCA.
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendada: contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.
 Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

POBREZA DE LA SANGRE
VINO DE BELLINI
 con QUINA y COLUMBO
 Este VINO fortificante febrífugo, antinervioso, cura las Afecciones escrofulosas, Fiebre, Nervones, Pálidos, y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente á los Niños, á las Señoras delicadas y á las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNÉSIA
 Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INVENCIONES NUEVAS DE TOMAS A. EDISON

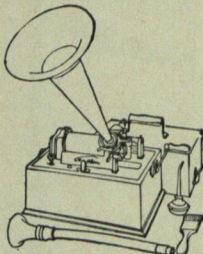
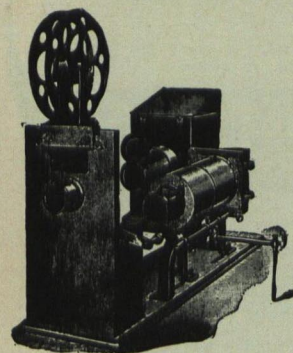
Proyectorscopios,
\$ 85.00 oro.

(Máquinas para arrojar imágenes vivas)

Proyectorscopio y Estereoscopia combinados,
\$ 110.00 oro.

Membranas originales, Precio
 neto, \$ 7.50 por cada 50 pies.

Aparatos para los Rayos X, Baterías Lalande, Equipos Eléctricos para Dentistas y médicos, etc., etc.

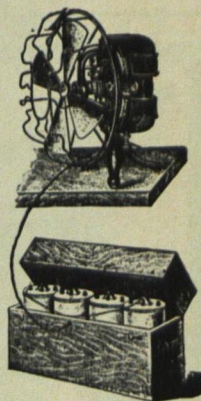


FONOGRAFOS:

GEM, Nuevo modelo.....\$ 10.00 oro.
 STANDARD.....\$ 20.00 oro.
 HOME.....\$ 30.00 oro.
 "S. M.".....\$ 50.00 oro.
 "M" ELÉCTRICO.....\$ 60.00 oro.
 DE CONCIERTO.....\$ 75.00 oro.

Cilindros Grabados.....50 cts.
 Cilindros en Blanco.....20 cts.

Accesorios para fonógrafos, precio á solicitud.



Pídanse catálogo completo "K" en inglés y español de todos los aparatos fabricados en el laboratorio de Edison, dirigiendo todos los pedidos para obtener los verdaderos y legítimos de Edison á **NACIONAL FONOGRÁFO Co.** (Foreign Dept.)

C. E. STEVENS, MANAGER.

15 CEDAR STREET, NEW YORK, E. U.

Dirección por cable "ESTABAN, NEW YORK." Códigos A 1, A B C, Comercial de Lieber, Hunting y Privado.



USOS PRINCIPALES
DE LA
PHOSPHADINE FULLIÉ

DE LA
"MOORTON FOOD COMPANY"
*Producto recomendado por los primeros
facultativos de Europa y de las Américas*

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la Anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :
Bs. 2,50

ALIMENTO COMPLETO

DE
Fácil digestión para todas las edades
de la vida

PHOSPHADINE FULLIÉ

CARACAS LONDRES
1900

Exíjase la firma:

Fullié & Ca.

CARACAS

y la marca registrada: Cruz blanca

N. B.—Consérvese la latita siempre tapada y en lugar seco.



RECOMPENSA NACIONAL
de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

*Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.*

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO



**POUDRE, SAVON &
CRÈME SIMON**

Productos, maravillosos
para suavizar, blanquear
y aterciopelar el cutis.

Exíjase el verdadero nombre.
Rehúse los productos similares.
J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



GOTA

LICOR

DEL DR.

LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS

REUMATISMOS

S'adresser exclusivement pour
toute la publicité française à Mr.
A. Lorette, Directeur de la Société
Mutuelle de Publicité - 61 Rue Cau-
martin - Paris.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS
RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjase el Nombre

el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

40, Rue Bonaparte,
PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden
tragarse Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.



A la memoria
de nuestro distinguido
colaborador y amigo
el ilustre poeta
y activo colaborador
muerto el 24
de febrero
1901.

JACINTO GUTIÉRREZ-COLL



¡Plegaria de mi voz, vuela á mi cuna,
Cruza en los anchos horizontes míos!

J. G. C.

Y llegó tu plegaria á la Patria,
¡oh poeta que supiste de hondas
nostalgias! y tu plegaria, conste-
lada de lágrimas, atravesó la onda
atlántica sobre un rayo de luz glo-
riosa: la luz gloriosa de tu nom-
bre ¡oh poeta!

Preguntaste á los corazones
sensibles si era cierto que también
se lloraba con la alegría, y vimos
luégo la alegría de tu llanto, no
sólo cuando estrechaste contra tú corazón á
la dulce compañera de tu vida y besaste con
los besos de tu alma á los hijos de tu amor,
sino al propio tiempo ¡oh poeta! que abrias
tu corazón á los puros goces del hogar, y en
ánforas de oro caían tus lágrimas convertidas

en estrofas inmortales.

Y en la Patria, como antes lejos de la Patria, siguió siendo
objeto de los cantos de tu lira cuanto á la Patria glorifica,
cuanto á la humanidad ennoblece y cuanto al arte eleva á
cimas inefables.

¡Cuán llena de excelsitudes tu existencia!

De los caballeros antiguos tuviste la distinción serena y
expresiva; de los cruzados de la fe el escudo inviolado; de
los grandes ciudadanos la absoluta integridad del carácter,
y de los poetas que perduran en la historia y en el alma de
los pueblos, la inspiración espontánea, la idea que corta las
sombras orientándose hacia el país luminoso del futuro y
el perfecto dominio sobre las formas clásicas del arte.

Poeta ilustre, ciudadano eminente, nuestro recuerdo pere-
grinará á la tumba donde duermes sueño de gloria; y nues-
tras lágrimas, oblación de cariño, humedecerán el verde laurel
que simboliza tu inmortalidad en el olimpo de la poesía.

¡Salve, Poeta!

